

MARIO RINCÓN
GONZÁLEZ



TIEMPO
DE CAUDILLOS:



VIDA DEL GENERAL

MANUEL
RINCÓN CALCÁNEO



MARIO RINCÓN GONZÁLEZ





MARIO RINCÓN GONZÁLEZ



TIEMPO
DE CAUDILLOS:



VIDA DEL GENERAL
MANUEL
RINCÓN CALCÁNEO

PRESENTACIÓN



Fue largo el camino de Manuel Rincón Calcáneo (Perote, Veracruz, 1884- México, D.F., -1849) por los ejércitos de México. Empezó en el realista, pasó al movimiento insurgente con su hermano José Manuel, se incorporó al Ejército Triguarante, y por fin llegó al republicano para concluir en la defensa de la soberanía de México en la primera Invasión francesa, conocida como la guerra de los Pasteles. Asimismo, participó en la guerra contra Estados Unidos, en Churubusco, al lado del general Pedro María Anaya. Ese hecho bastó para colocar al veracruzano entre los verdaderos héroes de México.

En los libros de algunos historiadores como José María Roa Bárcenas, Carlos María Bustamante, Antonio García Cubas, Guillermo Prieto y recientemente Patricia Cox, figuran páginas que hablan de Churubusco y del batallón de San Patricio, honran la memoria de aquellos combatientes, pero se menciona muy poco al general Rincón; sin embargo, este libro de Mario Rincón González enciende un rescoldo y recobra íntegro a este personaje, quien fue incansable luchador político, servidor público sin tacha y un héroe por su valor supremo e inquebrantable.

Las letras huelen a sangre y suenan a hierro por traiciones viles, amargas, y hasta muertes verdaderamente siniestras como las de los integrantes irlandeses del batallón de San Patricio, quienes lucharon por México al sucumbir como los mexicanos en la más injusta guerra que recogen los anales bélicos internacionales (1846-1848).

A finales del virreinato, el camino de las armas era casi obligado para subsistir decorosamente. Los hermanos Rincón Calcáneo participaron entre los realistas, aprovechando sus conocimientos geográficos y estratégicos de los caminos de Veracruz a México, a partir de la zona jarocho desde Puente de Rey, bajo las instrucciones del ingeniero Diego García Conde, con el patrocinio del virrey José de Iturrigaray. Más allá de los aperos charros y de las espuelas de plata, Manuel Rincón tuvo el primer contacto con Puebla al llegar a Amozoc, y llegó a ser gobernador militar de la entidad poblana de 1835 a 1836.

Volviendo al hilo cronológico, Rincón, eterno luchador por la autonomía de México en esa zona veracruzana de Xalapa y su entorno, venció a Guadalupe Victoria en 1816.

Con el pronunciamiento del Plan de Iguala, Rincón se unió a las fuerzas iturbidistas o trigarantes, incluso apareció en Puebla en el primer sitio del siglo XIX de la mártir Angelópolis, cuando Nicolás Bravo venció al intendente español Ciriaco de Llano y marcó la salida de esas tropas del país rumbo a Cuba desde Veracruz. La firma del

general peroteño apareció en el documento de entrega de la plaza poblana.

Fue lógico y natural el encuentro entre Antonio López de Santa Anna y Manuel Rincón: ambos eran veracruzanos y militares, pero eran muy distintos en su percepción de vida, intereses y objetivos, por eso pronto chocaron. Rincón padeció a Santa Ana, bien definido por Agustín Yáñez como “espectro de una sociedad”, a lo largo de sus actividades militares y políticas hasta la tragedia de Churubusco. En Etna, Oaxaca, el general peroteño padeció las ambiciones irrefrenables de don Antonio, quien con su demagogia cimbrada en la traición conseguía sus objetivos.

Sin medios, sin armas, sin medicina, con el vómito negro diezmando a sus improvisados soldados todos los días, negándole cualquier ayuda militar, atendiendo a los enfermos en el suelo porteño, Rincón hizo lo indecible por organizar la defensa del puerto ante la inminente invasión francesa al mando de Baudin y la presencia del hijo del monarca francés Luis Felipe, Philippe Joinville, presagio de los intereses de Francia en el futuro en la segunda y muy formal intervención de 1862-1867, ambas plagadas de intereses políticos y expansionistas, cuyo final fue la firma del Tratado de Paz con el pago de 600 000 pesos, adelantando México 200 000 y cuyo resto nunca pudo comprobarse bancariamente en París, Rincón firmó en Veracruz el primer convenio con el contralmirante Baudin para evitar más estragos a la población

y al puerto, y por ello fue acusado malévolamente; sin embargo, fue absuelto y “en una esquina de la Aduana, la metralla encontró la pierna de Santa Ana luego amputada y festín de su demagogia como Héroe de la defensa de Veracruz”.

El Ejército norteamericano avanzó del norte a la capital: Resaca de Guerrero, Matamoros, Monterrey, La Angostura (otra tropelía santanista, pues Santa Anna abandonó a sus tropas en medio del invierno, pudiendo dar el segundo golpe seco a los invasores); por el sur, Cerro Gordo, Xalapa, Perote y Puebla; y por fin la capital, Lomas de Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec.

Los generales Manuel Rincón y Pedro María Anaya fueron nombrados responsables de la defensa de Churubusco tras la infamia santanista de envidia y ambición sobre el general Gabriel Valencia, su adversario político y aspirante presidencial, a quien le negó la ayuda y lo dejó militarmente solo en la acción para cargarle la culpa de la derrota en Padierna.

En Churubusco y sus muros aislados del convento de San Diego, estaban Anaya, Rincón y “los colorados irlandeses del San Patricio”, los batallones de Independencia y los Bravos, que pronto descubrieron que las cajas contenían calibre distinto a sus armas y cinco piezas

que dejó Santa Anna. Con tal suministro, Rincón y Anaya ordenaron solamente disparar sobre los enemigos, comandados por los generales Twiggs y Worth, cuando los tuvieran a corta distancia. Nunca llegó la extrema petición de ayuda militar a Santa Anna; apenas algún parque sirvió a las armas de los irlandeses. La lucha, sin duda, fue desigual; pasaron tres horas y media de combate, sin balas. Se ordenó a la tropa mexicana integrarse al interior del convento.

“¡El silencio extraño y fúnebre marcó el desastre final...!”

El capitán Smith atravesó con bandera blanca el campo neutral; tras él, entró el general Twiggs, quien pidió la entrega del armamento, a lo que el general Anaya contestó con una frase emblemática en la memoria nacional: “Si tuviera parque usted no estaría aquí”.

Rincón y Anaya fueron hechos prisioneros. Se celebró un breve armisticio en la lucha, el final fue la “Pirámide Roja de Chapultepec” con los “héroes niños como protagonistas”.

En auténtica revancha, los supervivientes irlandeses fueron ahorcados y marcados con hierro candente en la frente con la letra “D” de desertor por los norteamericanos. Además, les colocaron un collar de hierro, grilletes en los pies, y los pusieron a realizar trabajos forzados hasta el término de la ocupación en febrero de 1848.

Poco tiempo después murió Manuel Rincón Calcáneo, era el 24 de septiembre de 1849, en la casa número

20 de la calle de Moneda en el centro histórico capitalino. Con derecho a todos los honores de su alto rango militar y su vertical y ejemplar vida, se dispuso su inmediato entierro ese mismo día, en postrero acto de dignidad y calidad humana.

Yo escribiría en su epitafio: “Dos metros cuadrados sobran para levantar una patria”.

Pedro A. Palou

Otoño 2014

Puebla de Zaragoza, Cuatro Veces Heroica

Editorial Las Ánimas

Director general

Rodrigo Fernández Chedraui

Director editorial

Arturo Olmedo Díaz

Directora de arte y diseño

Marcela González Vidal

Coordinadores generales

Paula Gutiérrez Martínez

Juan Ignacio Rivero Valls

Coordinadora editorial

Lorena Huitrón Vázquez

Composición

Gloria Vargas Limón

Corrección de estilo

María del Carmen Galindo Guerra

Tiempo de Caudillos: Vida del general Manuel Rincón Calcáneo

© 2014 Mario Rincón González

D.R. ©Editorial Las Ánimas S.A. de C.V.

Av. Juárez núm. 2915 desp. 413

Col. La Paz, C.P. 72160, Puebla, Puebla. Teléfono (222) 64404 35

Bld. Cristóbal Colón N°5 despacho 604

Col. Fuentes de las Ánimas, C.P. 91190

Xalapa, Veracruz. Teléfonos (228) 8126090 y 8126099

<http://editoriallasanimas.com>

PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 978-607-9246-46-4

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares. La presentación y disposición en conjunto y por separado de las fotografías que forman parte de la presente obra son propiedad del editor o se han utilizado con autorización expresa de los titulares de sus derechos, y no podrán ser reproducidas o transmitidas mediante sistema o método electrónico o mecánico alguno, sin consentimiento por escrito del editor o de los titulares de sus derechos.

CONTENIDO



14	Introducción
19	Los primeros pasos
21	Entre la Colonia y la Independencia
41	Santa Anna y Rincón
50	El Imperio mexicano
57	El Plan del padre Arenas
73	Regreso al campo de batalla
77	La Guerra de los Pasteles
112	El regreso
114	Texas: principio de una guerra
120	La ocupación de México
126	El batallón de San Patricio
132	La Batalla de Cerro Gordo
149	La versión de Rincón
157	Los tratados de Guadalupe Hidalgo
161	Un sepulcro de honor
164	Bibliografía



F. BASTIN, JULIO MICHAUD Y THOMAS, *Agustín de Iturbide y los generales del Ejército Mexicano.*



INTRODUCCIÓN



Manuel Rincón pertenece a una generación de hombres cuya escuela fue la vida. A caballo, entre un siglo que terminaba y otro que recién nacía, en un país que iba a pasar de la colonia a la independencia y de ahí a la guerra civil, las invasiones y a la formación de un Estado que transformaría y conformaría el rostro moderno de México. Su vida transcurrió entre la lucha y el servicio a la nación. Manuel Rincón fue un hombre de su tiempo: liberal y patriota. Se ha señalado ya en muchas ocasiones que fue un hombre que no poseía “el renombre de caudillos y militares como Antonio López de Santa Anna”,¹ pero es preciso advertir que hombres como él jugaron roles definitivos en la formación de México.

Sabemos poco de él. Intentar hacer su semblanza puede parecer osado, dada la carencia de datos y bibliografía; sin embargo, creemos que es, o pretendemos que sea, un acto de justicia. El paisaje no sólo está construido por las altas cumbres, las colinas, las planicies; los pequeños relieves también son parte de él. Nuestra historia estaría trunca si no intentáramos ubicar a personajes como Manuel Rincón,

.....
¹ Flores Ayala, Hubonor, *apud*. Juárez Martínez, Abel (Coord.), *Veracruzanos en la Independencia y la Revolución*, Veracruz: Gobierno del Estado de Veracruz, 2010, p. 195.

aun con todas las carencias y dificultades que uno enfrente al acometer su historia.

El carácter fragmentario de la misma no es deliberado. Tratamos de reunir la mayor cantidad de piezas y ponerlas en un orden que permita, a su vez, al lector, formarse una idea, así sea vaga, del personaje y de su tiempo. Hay, sí, saltos, huecos, ausencias... datos incompletos, más con estos materiales el biógrafo trabaja e intenta construir un retrato lo más confiable, lo más veraz posible.



Litog. de la V. de Murguia & hijos

Man^{te} Roncon

I



LOS PRIMEROS PASOS

Es muy poco o nada lo que se sabe de Manuel Rincón en sus primeros años. Vio las primeras luces en Perote, Veracruz, un 30 de julio de 1784. Fue el segundo hijo de un matrimonio modesto formado por José Miguel Rincón y Micaela Calcáneo, quienes lo bautizaron al día siguiente de haber nacido. Su educación básica seguramente se llevó a cabo en Perote o Xalapa. En ese entonces, su hermano, José Antonio Rincón, ocho años mayor, era ya uno de los realistas más notables de la región. Su incorporación a la carrera militar quizá se dio tanto por el ejemplo de su hermano, quien debió influir poderosamente en sus ideas, como por el hecho de que esta era una forma de ascender en la escala social. “La presencia del ejército en tierras veracruzanas tuvo un fuerte impacto principalmente en las poblaciones de Veracruz, Xalapa y Orizaba y a lo largo del camino del puerto mencionado a la ciudad de México, dado el valor económico por la entrada de mercancías, el cobro de aranceles y lo estratégico de su ubicación respecto a cuestiones de defensa militar”²

.....
² *Ibid.*, p. 198.



GENERAL MANUEL RINCÓN.

II



ENTRE LA COLONIA Y LA INDEPENDENCIA

Es posible que en Perote recibiera las primeras ideas políticas, aunque no sabemos si fue un temprano simpatizante de las ideas liberales. En todo caso, al inicio de la revolución de Independencia, era muy joven para saber que, años más tarde, militaría tanto en el bando realista, como después en el revolucionario. Un movimiento, por otro lado, que muchos de nuestros héroes de la Independencia hicieron.

“Las revoluciones norteamericana y francesa, nos dice Josefina Zoraida Vázquez, después de extendidas a las colonias iberoamericanas, introdujeron nuevos principios en la vida política y en las relaciones entre los estados. Estos nuevos principios, calificados en 1812 de liberales, rechazaban las monarquías absolutas, estableciendo que la soberanía residía en el pueblo, por lo que sus representantes debía elegir el gobierno ejercido por tres poderes distintos: legislativo, ejecutivo y judicial, como medio de garantizar los derechos y las libertades de los individuos”.³

.....
³ Vázquez, Josefina Zoraida, *apud*. Escalante Montalbo, Pablo, *Nueva historia mínima de México*, Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, Col. Biblioteca del estudiante, 2010, p. 157.

La vida de Manuel Rincón se desarrolló en este caldo de ideas junto con una fuerte corriente de pensamiento que se remonta al siglo XVI, promovida y fecundada principalmente por sacerdotes jesuitas, quienes estudiaron y rescataron nuestra historia antigua, las lenguas autóctonas, la antropología, la geografía de la colonia y legaron una riqueza no sólo de pensamiento, sino de orgullo a los que más tarde enarbolaban la bandera de la Independencia. Dice Enrique Krauze que:

Quando sobrevino la Revolución, todas estas aportaciones científicas y teorías descabelladas se tradujeron en un ciego optimismo de los criollos sobre la importancia de su país al que genéricamente y con jactancia, llamaban «América». «Haremos uso libre —proclamaba Hidalgo— de las riquísimas producciones de nuestro país y a la vuelta a de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias de este vasto continente.» Allende, el capitán criollo que lo secundaba, creía que Guanajuato, una de las principales ciudades mineras de Nueva España, se convertiría nada menos que en «la capital del mundo».⁴

En ese tiempo se dieron cambios profundos en la forma de ver el mundo, cambiaron los conceptos religiosos, políticos y morales. La sociedad americana se vio agitada y la burguesía local se encumbró; también se incorporó “como gran actor de la historia al pueblo, al proletariado. Nobleza

.....
⁴ Krauze, Enrique, *Siglo de caudillos*, Barcelona: Tusquets, 1994, p. 31.



MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA. Salvador Ferrando. Óleo sobre tela.



COFRE DE PEROTE. Bouquet. Litografía coloreada.

y clero aparecen como contrarios, como obstáculos del progreso y voces libertarias proclaman la libertad y la igualdad de los hombres y combaten la esclavitud y explotación de los trabajadores”.⁵

Uno de los legados más significativos de cuantos dejó el virreinato de la Nueva España lo fueron los caminos. Desde los que comunicaban a la capital con los principales centros comerciales, administrativos o políticos, hasta aquellos que se abrieron para llegar a zonas inexploradas. El camino que iba de Veracruz a la Ciudad de México fue, sin duda, el más importante durante siglos. No sólo era la principal vía comercial, sino que, además, tenía un inestimable valor estratégico y militar. En este camino, también conocido como Camino de las Ventas (ya que era el camino de llegada de viajeros, virreyes, comercio exterior, correo y de toda la influencia cultural europea), el trayecto duraba 22 días y se recorría un promedio de 412 kilómetros.

El 19 de febrero de 1803 el virrey don José Iturrigaray ordenó la construcción de un nuevo camino del puerto de Veracruz a la Ciudad de México, con una trayectoria más rápida y menos costosa. El principal obstáculo del camino a México era atravesar los volcanes Citlaltépetl, Matlalcuéye, Nauhcampatépetl, Iztaccíhuatl y Popocatépetl.

La obra se inició el 18 de abril del mismo año, pero fue suspendida el 12 de mayo de 1812, debido a la guerra de

⁵ De la Torre Villar, Ernesto, “Prólogo”, en Torrente, Mariano, *Historia de la Independencia de México*, México, D.F.: UNAM-Porrúa, 1989, p. 55.

Independencia. Estuvo bajo la dirección del ingeniero Diego García Conde, quien integró elementos de gran beneficio al fácil tránsito y rápido recorrido, e incidió en los obstáculos geográficos, en los que construyó alcantarillas como la de Conejos, terraplenes, empedrados y, para salvar el paso de los ríos, puentes como el Puente del Rey, Paso de Ovejas, Paso San Juan, Puente Julia y Plan del Río.

En la construcción del Puente del Rey participó activamente José Rincón; Manuel Rincón colaboró con su hermano en estos trabajos de los 18 a los 28 años. Con esta experiencia, los hermanos se convirtieron, en palabras de Carlos María Bustamante, “en los mejores conocedores de todas las sendas, caminos y vericuetos de esta parte del país”.⁶ En lo futuro a Manuel esto le resultaría de gran utilidad.

El camino, después de Perote, se bifurcaba y conducía a diferentes lugares, los cuales eran ocupados sobre todo para pernoctar. Así, por ejemplo, una conocida ruta era la que salía de Paso de Ovejas y llegaba a Amozoc, pasando por Rinconada, Xalapa, Perote y Zitláltepec. Manuel Rincón, quien, como sabemos, nació en Perote, la conocía muy bien, así como la otra ruta seguida para ir de Veracruz a México: México-Puebla-Orizaba-Córdoba-Veracruz.

En un tiempo en que el caballo era medio de transporte por excelencia y siendo Manuel Rincón un buen jinete, no es extraño que eligiera varias veces a Amozoc como lugar para

⁶ Bustamante, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana: 1810-1843*, t. I, México, D.F.: INEHRM, 1985, p. 185.

pernoctar en repetidas ocasiones. Además de la cercanía con Puebla, el lugar era ya en ese tiempo famoso por sus excelentes trabajos de platería, herrería charra y las magníficas espuelas que ahí se fabricaban, implementos a los que el joven Manuel —circulan versiones— tenía una gran afición, por lo que aprovechaba cada oportunidad que tenía para comprar algunos, ya fuera para su uso o para darlas de regalo.

El 18 de junio de 1815, ante el empuje del movimiento de Independencia iniciado por el cura Hidalgo en 1810, y en ayuda al Gobierno virreinal, llegó a Veracruz, a bordo de la fragata *Sabina*, una expedición militar española, compuesta por 1 718 soldados, organizados en dos regimientos, el Navarra y el Órdenes Militares, bajo el mando del brigadier don Fernando de Miyares y Mancebo. Sus instrucciones consistían en establecer un camino militar con 400 hombres destacados en el Puente del Rey.⁷ Su idea era la de construir fortines militares en los puntos estratégicos del camino. Al día siguiente de su llegada se dirigió a Xalapa, acompañado de sus refuerzos. Para esto, recibió una notable ayuda del entonces capitán Manuel Rincón, quien, como ya hemos mencionado, conocía perfectamente toda la región.

El 20 de julio de 1815 el brigadier Miyares salió de Xalapa con dirección a Veracruz y el 24 atacó Puente del Rey, con el batallón realista llamado Cuatro Órdenes. Miyares poseía

⁷ El Puente del Rey ya había sido escenario de diversos enfrentamientos, pues durante la revolución de independencia, en el año 1814, el general Guadalupe Victoria fue nombrado jefe de los insurgentes y de las operaciones militares en la provincia de Veracruz, y ahí concentró sus tropas por mucho tiempo para dirigir sus ataques contra las fuerzas realistas.

un mayor número de hombres y armamento, por lo que tomó el puente después de hora y media de combate. La batalla, a pesar de su brevedad, fue sangrienta. Las fuerzas insurgentes estaban acuarteladas alrededor del puente, en los cerros, en las cuevas y laderas de los lugares que hoy se conocen como El Fortín y El Nopo. Fue la primera victoria del general Miyares, quien tras derrotar a las fuerzas militares del general Guadalupe Victoria, destacamentadas en el Puente del Rey, quedó por un tiempo bajo control realista. No hay registros sobre la participación de Manuel Rincón en esa batalla, en la “correspondencia de la época, debido tal vez a su bajo rango militar”,⁸ por lo que se ignora si combatió o se limitó a participar únicamente como informante.

El 8 de diciembre de 1815 los españoles empezaron el ataque a los cerros, donde se encontraban atrincherados los insurgentes, hasta que por la tarde de ese día las tropas del general Guadalupe Victoria tuvieron que abandonar sus posiciones y escapar hacia el rumbo de la barranca de Acazónica, dejando el campo de batalla y los cerros en manos del general Miyares y Mancebo. La ayuda de los hermanos Rincón fue decisiva.

Miyares y Mancebo mandó inmediatamente a levantar un fuerte en el cerro, en la margen izquierda del río, al que puso por nombre Fernando VII, en honor del rey de España (actualmente aún pueden verse vestigios de ese fuerte). También levantó otro fuerte en el cerro que se conoce como El Nopo; a éste le puso por nombre La Concepción, en honor del día 8 de diciembre, fecha

⁸ Ramírez Lavoignet, David, *Manuel Joaquín Rincón, reseña biográfica*, México, D.F.: Editorial Citlaltépetl, 1972, p. 5.

en que se libró la batalla y en la que se conmemora la fiesta religiosa de la Virgen de la Purísima Concepción. Mandó también a construir en Plan del Río, bajo la dirección de José y Manuel Rincón, un fortín. Así quedó formado el camino militar de Xalapa a Puente del Rey.

La eficacia demostrada en las labores encomendadas hizo que, en octubre de 1816, don Manuel Rincón fuera comisionado para dirigir la construcción de un fortín en el cerro del Macuil-tépetl, en Xalapa. Al respecto, el día 7 de ese mismo mes y año escribió:

“Se me ha asegurado por varios individuos de la mayor veracidad que la aproximación del cabecilla Guadalupe Victoria en estas inmediaciones al norte de esta villa es con el objeto de proteger el comercio que le proporcionan los corsarios en los desembarques que hacen constantemente en Boquilla de Piedra a cuya virtud trata de reunir toda la fuerza que le sea posible para tacar Nautla [...] Igual cooperación sería conveniente se ejercitase en el pueblo de Actopan para cuidar aquel punto dorado en referencia a los caminos que se dirigen a Boquilla de Piedra, pues ya no queda otro que el de la orilla de la playa, teniendo que encumbrar sobre el cerro de la Mancha y salir con dirección a La Antigua, camino que no en todo tiempo puede transitarse y solo en determinadas estaciones”⁹

⁹ Ramírez Lavoignet, David, *op. cit.*, p. 13.

En esta carta Manuel da cuenta de cuán inmerso estaba en el conflicto y de la posición que aún guardaba en relación con los revolucionarios. Tenía 32, edad que para un militar suponía ya su total madurez, pues no hay que olvidar que el promedio de vida era cercano a los 35 años.

En 1817, después de que los realistas Llorente y Márquez Donallo atacaron e incendiaron Misantla, el 23 de marzo se dedicaron a perseguir fugitivos hasta los rincones más intrincados de la sierra, donde habían trasladado a la virgen de la Asunción, patrona del pueblo, con todas las reliquias que contenía la parroquia. Desde ese lugar, Donallo le informó al virrey Apodaca, el 24 de mayo de 1817:

Ya arrancadas de las indígenas manos de estos perversos las sagradas alhajas, combine la marcha de cuatro secciones para que de todos modos les quitasen los medios de subsistencia y obligarlos así a que por hambre se avengan al partido de la quietud encargando el mando de dos al teniente coronel D. Manuel Rincón, para que según mis instrucciones operase con ellas dando el de otra al capitán D. Demetrio Plaza, y reservándome yo la que como punto de apoyo de todas estas debía a mas de emplearme como todos en quitar al enemigo los víveres, acudir desde mi dirección céntrica a los sitios que conociera fueran más molestados.

Tres días de marcha por diferentes direcciones en lo posible exactas, me proporcionaron entregar a las llamas las habitaciones que estos tenían en las montañas, aniquilar la mayor parte de sus sementeras y recoger algunos cinos y al

cura D. Mariano Rosado que también existía entre ellos con la graduación de coronel.

La eficacia que manifestaron los oficiales en el desempeño de las comisiones que les encargué me llenaron de júbilo y en particular llamaron más mi atención las acertadas disposiciones del teniente coronel D. Manuel Rincón a quien de nuevo por éstos y todos sus distinguidos servicios lo recomiendo a V. E. para las gracias que su bondad tenga a bien concederle”.¹⁰

Militando aún en las filas realistas, Manuel Rincón tuvo oportunidad de enfrentar a uno de los íconos de la Independencia de México: Guadalupe Victoria.

A principios de octubre de 1816, Guadalupe Victoria se propuso atacar un convoy que se encontraba detenido en Juanicoluco, con destino a la Ciudad de México. Se unió a los insurgentes Tostado y Vergara y juntos sumaron una fuerza de 200 hombres. Don Manuel Rincón se encontraba entonces en Puente del Rey. Salió al encuentro del convoy para prestarle auxilio; sin embargo, se vio obligado a retroceder después de haber sostenido un duro enfrentamiento durante más de dos horas, en contra de los insurgentes, donde sufrió la pérdida de dos soldados, más ocho que resultaron heridos.

Dos años después, el 3 de mayo, Manuel Rincón, con el grado de teniente coronel, participó en un encuentro con los insurgentes en el poblado de El Arenal, (perteneciente actualmente

.....
¹⁰ *Ibid.*, p. 14.

al municipio de Úrsulo Galván). En esta ocasión, el coronel Ignacio Amor se dirigió sobre los insurgentes, que sumaban más de 300. Las fuerzas realistas fueron derrotadas con varias bajas y perdieron gran cantidad de víveres e instrumentos de guerra.

Para el mes de junio de ese mismo año, el virrey Apodaca, por medio de una política conciliatoria, logró debilitar grandemente la causa de la Independencia y muchos pueblos se acogieron al indulto. Debido a que la mayoría de éstos quedaron destruidos y quemados, los realistas Antonio López de Santa Anna y Topete, junto con los hermanos Rincón, se dedicaron a reconstruirlos, haciendo uso de sus habilidades como ingenieros militares.

Para estas fechas, Manuel Rincón estaba totalmente inmerso en la lucha contra las fuerzas independentistas y se había ganado la confianza de sus superiores, gracias a sus principales cualidades: la honestidad y la entrega con que realizaba las tareas que le eran encomendadas.

El teniente coronel Manuel Rincón recibió, con fecha 9 de marzo de 1819, un aviso del virrey, donde se le ordenaba restablecer, con 87 familias, el pueblo de San Carlos (hoy Úrsulo Galván), que había sido completamente destruido durante la guerra.

El primero de marzo de 1821 Agustín de Iturbide, comandante general del sur al servicio de la Corona, reunió sus tropas y dio lectura al Plan de Iguala, o Plan de Independencia de la América Septentrional, que era un pronunciamiento político proclamado, en el cual se declaraba la independencia de México. Sus tres puntos fundamentales fueron:



FERNANDO VII, REY DE ESPAÑA durante la guerra de
Independencia de México.

1. Establecer la independencia de México de España,
2. establecer la religión católica como única y
3. establecer la unión de todas las clases sociales.

Más tarde, estos tres principios: religión, independencia y unión, se convirtieron en las Tres Garantías que promovió el ejército al que, por la misma causa, se le llamó Ejército Trigarante.

De acuerdo con este plan, el nuevo Gobierno independiente sería el de una monarquía moderada, cuya corona sería otorgada a Fernando VII, miembro de la Casa de los Borbones, o a algún otro miembro de esa casa real.

El plan eliminaba las categorías étnicas entre los habitantes de la hasta entonces Nueva España, declaraba la igualdad de todos los individuos y la igualdad de derechos para todos. Cabe destacar este último punto, pues la sociedad novohispana tenía una fijación casi patológica por la genealogía. De las tres castas existentes en los primeros años de la Conquista: “cristianos” (los colonizadores blancos); “naturales” (la población indígena); y “esclavos” (la población negra), se pasó a un extenso catálogo de “castas”. *El mestizo*, cruce de cristiano con indio; *el mulato*, español y negra; *el zambo*, cruce de indio y negra; y sus diversas combinaciones: *Morisco*, *Albino*, *Salta pa’ atrás*, *Lobos*, *No te entiendo*, *Cambujo*, *Harnizo*, *Tente en el aire*, etcétera. Era tal la variedad y la complejidad de la clasificación genealógica. Esta obsesión tendría una de sus máximas expresiones en el conflicto entre criollos y peninsulares. Los primeros, a pesar de tener acceso a la misma educación y formación que los nacidos en la península

Ibérica, eran relegados por los segundos, lo cual terminó por acercarlos y, posteriormente, convertirlos en los principales promotores de los movimientos de Independencia. Manuel Rincón no sería ajeno a este movimiento.

Para gobernar al nuevo país en lo que llegaba un príncipe a ocupar la Corona, el plan proponía la creación de una Junta Gubernativa y, posteriormente, una Regencia que se encargaría de gobernar en lo que se elegía al nuevo emperador.

Finalmente, el plan exhortaba a los insurgentes a incorporarse al ya mencionado Ejército Trigarante, cuyo líder era Agustín de Iturbide. Manuel Rincón juró ser fiel y seguir dicho plan. Santa Anna había tomado ya el partido de los trigarantes y, después de auxiliar a los sitiados en la ciudad de Córdoba, marchó a la hacienda de Las Ánimas. El 26 de mayo se presentó en Xalapa. Para el 28 efectuó un ejercicio general de su ejército al que concurrió gran parte de la población xalapeña. A las doce y media de la noche emprendió las maniobras para el asalto: dividió las fuerzas en dos grupos; el primero, bajo las órdenes de Leño, marchó por el Calvario; y el otro, bajo el mando de Santa Anna, asaltó las defensas de San José y de El Vecindario. El Callejón del Perro cayó a las tres y media de la mañana. Una hora después controló el barrio de Techacapa y, en seguida, inició el ataque a la fortificación interior que duró hasta las diez de la mañana.

Orbegozo, jefe de las fuerzas realistas, y Santa Anna se reunieron al medio día para iniciar las pláticas sobre la capitulación de la plaza. Manuel Rincón fue el encargado de los términos de la misma, que se firmó el día 29 de mayo. En



NICOLÁS BRAVO, héroe de la Independencia y presidente de México en tres ocasiones.

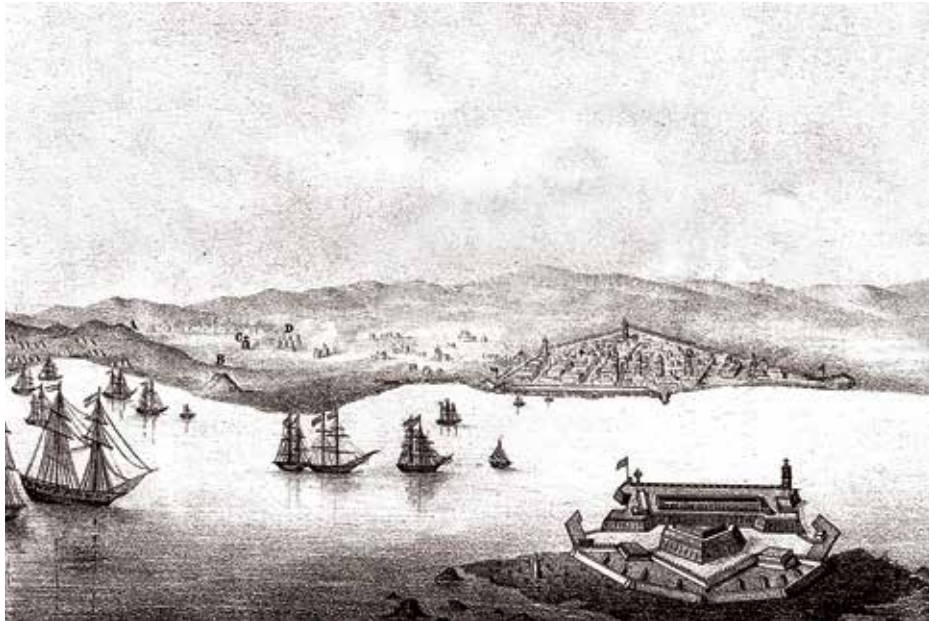
ésta se estipulaba que la guarnición debía salir para Puebla, llevando una parte del vestuario del depósito de varios cuerpos que ahí existían, la bandera de Tlaxcala y 62 fusiles; y, además, determinaba que los vecinos que habían apoyado a Orbeagozo no iban a ser molestados, y si éstos querían seguir a las tropas que se retiraban no se los impedirían.¹¹

Santa Anna, victorioso, pidió 300 pares de zapatos y 2 000 pesos para la división que pronto saldría para sitiar Veracruz, la cual estaba bajo las órdenes de Manuel Rincón.

Para el 8 de julio de 1821 Nicolás Bravo y José Joaquín de Herrera habían sitiado la ciudad de Puebla. Las tropas, bajo las órdenes del general Ciriaco de Llano, no pudieron contra la fuerza del Ejército Triguarante y, finalmente, el 14 del mismo mes, en el rancho de Pedro de la Rosa, se firmó el armisticio donde los representantes de los independentistas fueron Joaquín Ramírez y Manuel Rincón. Éste a menudo, en otras ocasiones jugó roles muy parecidos. Aunque usualmente no ocupó el sitio principal del escenario, tampoco se perdió entre bambalinas. Su puesto, si bien estaba en segundo plano, fue decoroso.

El 24 de agosto de 1821 Agustín de Iturbide y el virrey español Juan O'Donojú firmaron el Tratado de Córdoba, ratificando el Plan de Iguala. Así se confirmó la independencia de México.

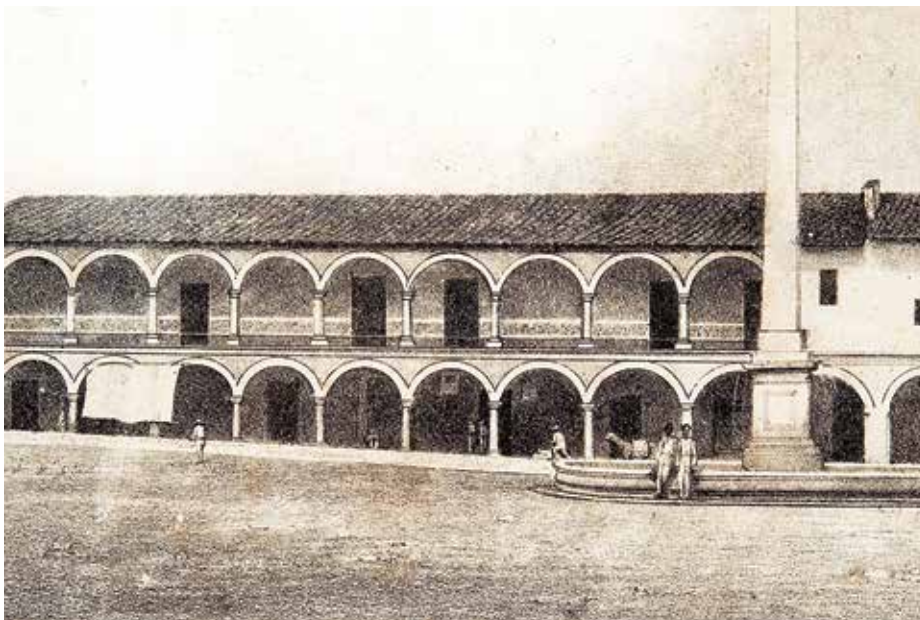
¹¹ Bustamante, Carlos María de, *op. cit.*, p. 94.



Vista del castillo de San Juan de Ulúa, de la ciudad de Veracruz y de sus alrededores. Luis Garcés, *Historia de Jalapa y revoluciones del Estado de Veracruz*. Litografía.



JUAN O'DONOGHUE, último jefe político superior de la
Provincia de Nueva España.



CÓRDOBA. CASA DONDE SE FIRMARON LOS TRATADOS DEL 24-08-1821 ENTRE AGUSTÍN DE ITURBIDE JEFE DEL EJERCITO TRIGARANTE Y JUAN O'DONOJÚ VIRREY DE NUEVA ESPAÑA. *Historia de Jalapa y revoluciones del estado de Veracruz*. Litografía.

III



SANTA ANNA Y RINCÓN

Entre Antonio López de Santa Anna y Manuel Rincón hubo algunas coincidencias: más allá de que los dos eran veracruzanos, ambos pertenecían a familias criollas, habían abrazado la carrera militar y peleado tanto en el bando realista como en el independentista. Sus caminos estaban destinados a cruzarse en múltiples ocasiones, pero cada encuentro iría zanjando entre ellos una mayor distancia. Eran, si no antípodas, sí hombres que concebían el mundo de manera muy distinta. Santa Anna era ególatra, mientras que Rincón era un hombre modesto. El primero siempre acarició sueños de grandeza, mientras que el segundo permaneció obediente a la disciplina militar y, más que buscar su propio beneficio, dedicó buena parte de su vida a la búsqueda del beneficio nacional.

Estas diferencias no pasaron desapercibidas para sus contemporáneos. El Ayuntamiento de Xalapa no estuvo tranquilo ni conforme, desde que Santa Anna tomó la ciudad. A finales de agosto de 1821 le comunicó a Iturbide lo temible que era éste; lo acusó de ambicioso y exigente, y

manifestó que prefería a Manuel Rincón. Algunas personas del puerto de Veracruz intervinieron con Iturbide para que comisionara al coronel Rincón; así, éste podría negociar la entrega de la plaza. Manuel Rincón gozaba de una buena reputación entre los habitantes de las ciudades del estado por su carácter sereno y por los servicios que había prestado, en compañía de su hermano José, a la causa realista durante la guerra. Su conducta provocó la confianza de los españoles que eran muy influyentes en la vida pública de Veracruz.¹²

Como consecuencia de estas peticiones, Manuel Rincón fue nombrado para aquella comisión el 23 de octubre de 1821, y salió rumbo a Veracruz. Primero, dirigió las respectivas comunicaciones al gobernador Dávila y al Ayuntamiento del puerto, en las que notificaba que el generalísimo Agustín de Iturbide le había otorgado el mando de una división del ejército, que se encontraba en marcha con dirección al puerto, y que estaba autorizado para tratar con las autoridades, a fin de obtener pacíficamente la entrega de la ciudad.

El 2 de octubre Manuel Rincón entró a Veracruz. Las autoridades se apresuraron a arreglar los términos en que se debía entregar la ciudad, mientras que el gobernador Dávila, fiel a la Corona española, sin colaborar, se retiró a San Juan de Ulúa, llevando consigo 200 hombres, que era toda la tropa con que contaba Veracruz, inutilizó las piezas de artillería que no pudo llevar con él y también se llevó los 90 000 pesos que existían en las arcas.

¹² Bustamante, Carlos María de, *op. cit.*, p 179.

En la noche del día 26 de octubre de 1821 se reunió en la sala de cabildos el Ayuntamiento, quien calificó de altanera la actitud de Santa Anna, y como se disponían, en primer lugar, a atender la seguridad de la población, guarneciendo los puntos militares, pusieron al Gobierno en las manos del coronel Manuel Rincón, quien había llegado a la ciudad dos días antes. La entrega del poder la dejaron para la mañana siguiente. El comandante general don Antonio López de Santa Anna se aseguró de publicar en todo el país que él había sido el encargado de liberar esa plaza.

Con el afán de tranquilizar a la población y asegurar la entrada pacífica a la plaza, los jefes insurgentes publicaron el siguiente edicto:

PROCLAMA DE LOS CORONELES

D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA Y D. MANUEL
RINCON

“Habitantes de Veracruz y su provincia: hemos tenido el inexplicable placer de recibir el mando de esta plaza, la más importante por su posición topográfica y por ser la primera garganta del comercio del vasto Imperio mexicano.

“Nos habéis proporcionado por un efecto de vuestro convencimiento, la gloria de asegurar a la faz del mundo, que quedan ya para siempre, con vuestra adhesión al sistema tri-garante, cerradas las puertas del ominosa templo de Marte, y abiertas únicamente las de Mercurio y Flora.

Unión, confraternidad y filantropía es nuestra divisa, horror al crimen, a los groseros apodos e infames denuestos, es nuestro estado, es nuestra política.

La espada de la justicia no se desenvainará más que para castigar a los delincuentes, al infractor de la ley y al usurpador de las propiedades.

Reposad, pues, veracruzanos, absolutamente tranquilos, deponiendo todo temor, todo recelo; restituíos a vuestros hogares los que vagáis fuera de la ciudad, y renazca la confianza, que será eterna, bajo la égida del águila mexicana.

Las valientes tropas del Imperio guardarán la más arreglada y severa disciplina y fraternal conducta, de que salimos garantes, porque tal ha sido y es su gloriosa divisa.

*Así os lo prometen y cumplirán religiosamente vuestros compatriotas y amigos. Veracruz. 27 de octubre de 1821. Antonio López de Santa Anna. – Manuel Rincón.”*¹³

Al mismo tiempo que se informaba a la población, el coronel Rincón le hizo saber al jefe de las fuerzas insurgentes sobre sus intenciones y estrategia a seguir para asegurar la plaza de manera pacífica:

ARREGLOS PARA LA ENTRADA DE LAS FUERZAS
TRIGARANTES A VERACRUZ

27 DE OCTUBRE DE 1821

¹³ Ramírez Lavoignet, David, *op. cit.*, p. 26.

Excelentísimo señor: estando escribiendo a vuestra excelencia cuanto ha ocurrido desde mi llegada a esta plaza ayer en la madrugada, el posible regocijo con que fui recibido por todo este vecindario, en el cual no titubeé entrar a la primera invitación de su gobernador, fiado en su honor y en el aprecio que siempre merecí a esta ciudad y las favorables constelaciones obtenidas en el ayuntamiento y Consulado, y conferencias que tuve con el gobernador, hasta que esa mañana suspendí toda gestión, en puntual obediencia de la superior orden de vuestra excelencia de 18 del que rige, para auxiliar las operaciones del coronel Santa Anna hasta la toma de posesión de la plaza, y en cuyo caso encargarme del mando de ella, han sobrevenido circunstancias que interesan participar al superior conocimiento de vuestra excelencia. Advertí en las dos ocasiones que hablé ayer con el gobernador que eludía entrar en materia de un convenio sobre la entrega de la plaza, que hoy me proponía exigir una respuesta categórica, y que suspendiese toda extracción de artillería y municiones para el castillo, que todos estos días lo había verificado con empeño, entreteniéndome en esperanza de avenirse a la vuelta del expreso que despachó a vuestra excelencia el coronel Santa Anna a consecuencia de su entrevista, y que por lo que observé y me informaron algunos sujetos, sospeché que fueran poco ingenuas. Así se infiere de la improvisa y oculta retirada que acaba de hacer ahora que son las doce de la noche de hoy 26, según me avisan varios de los alcaldes, regidores y vecinos afligidos e irritados de ver un abandono tan cauteloso, sin previo

aviso alguno, llevándose toda la tropa de la guarnición, y habiendo clavado los cañones que dejó en los baluartes. He sido llamado por una diputación del ayuntamiento pidiéndome concurra a la sala capitular, donde se ha reunido con la novedad expresada para acordar las medidas conservatorias del orden y seguridad, y que depositan en mi toda su autoridad para el efecto, según instruirá a vuestra excelencia la copia certificada del acta que tengo el honor de acompañar con número 1. Dispuse las guardias y patrullas convenientes de la milicia cívica, y no obstante haberse despachado una diputación del ayuntamiento al coronel Santa Anna a imponerle de estas ocurrencias, pasé a verlo en persona luego que tomé las disposiciones que reclamaba la tranquilidad pública, a ponerme de acuerdo para la aproximación de las tropas de su mando y de las mías a extramuros de la ciudad, donde unidas conviene que hagan entrada pública, sin dejar de atender a cualquier novedad o motivo que exija la presencia de las primeras que llaguen dentro de la plaza. El ayuntamiento extendió la proclama que ha amanecido fijada al público y es adjunta su copia, numero 2. La número 3 es copia del oficio que dejó el gobernador Dávila al ayuntamiento que acredita su desconfianza y la adhesión de este pueblo a la justa y política emancipación de este Imperio. En honor a la verdad, debo recomendar a la alta consideración de vuestra excelencia esta espontanea y sincera inclinación de todo este vecindario a nuestra santa causa porque el corto espacio de 48 horas que habito esta ciudad, sin más acompañamiento que mi ayudante, he recibido cuantas muestras

de amor y confianza fueran difíciles de reunirse, a no ser tan general y positivo el convencimiento y desengaño de este pueblo culto y decidido. Su pasada oposición se ha convertido en el entusiasmo más puro, público y expresivo, que es difícil describirlo. Acabo de conducir en mi compañía al señor Santa Anna a la sala capitular, donde estaba formado el ayuntamiento, y acordamos de común conformidad que mañana a las nueve haga la entrada pública con su división, y que acto continuo prestará esta corporación el juramento de obediencia y fidelidad al Imperio Mexicano en mis manos, como jefe político electo internamente, y a presencia de ambos, y que en seguida marcharemos unidos al *Te Deum* que se ha de cantar, con las descargas correspondientes de la tropa, y se fijaría el día de la proclamación y juramento público de la independencia de esta ciudad. Pasado mañana entrará también mi división a esta plaza.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

Veracruz, 27 de octubre de 1821. Excelentísimo señor Manuel Rincón.¹⁴

Para el 1° de noviembre de 1821 se enarboló el pabellón tricolor en los baluartes de Santiago y Concepción, aunque —es preciso mencionar— la inauguración se tuvo que posponer, pues tuvieron que desclavar y montar las piezas de artillería que eran necesarias para efectuar la salva correspondiente.

¹⁴ Operaciones militares, exp. 206, fs 24-26, “Manuel Rincón a Agustín de Iturbide”, Veracruz, 27 de octubre de 1821, México: AHDN, p. 76.

El 2 de noviembre Agustín de Iturbide designó a don Manuel Rincón para ocupar el cargo de jefe supremo en lugar de Santa Anna, quien entró a Veracruz con la undécima división. Santa Anna recibió el 5 de noviembre la orden del generalísimo para que se retirara a descansar y entregara el mando al coronel Manuel Rincón. Santa Anna obedeció, pero empezó a preparar la revolución que intentaría destruir al nuevo imperio mexicano. Para el Napoleón del Oeste era una injusticia de Iturbide el separarlo de los poderes militares y civiles que, además, puso en manos de Rincón, a quien también nombró intendente y comandante de la plaza. A consideración de Santa Anna, él había prestado más y mejores servicios a la causa de la Independencia que Rincón, quien se había adherido a ésta cuando ya no le quedaba otro recurso, después de que Agustín de Iturbide proclamara el Plan de Iguala 1° de marzo de 1821.

Aquí se perdió, tal vez, la oportunidad de ofrecer a Santa Anna otro puesto, y con ello evitar el alzamiento de esta figura, en el momento en que se le concedió a Manuel Rincón lo que se le negó a su Alteza Serenísima, quien fue el independentista que más luchó en Veracruz.

Con Rincón como jefe militar y político de la provincia de Veracruz, Santa Anna decidió viajar a la Ciudad de México. El 14 de noviembre de 1821, en una carta, el generalísimo comentó a Iturbide que Santa Anna estaba “borracho, sin duda, de ambición”.¹⁵

.....

¹⁵ Fowler, Will, *Santa Anna*, Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 2010, p. 137.

Aunque el Exmo. Ayuntamiento no hubiera tenido la política propia de su ilustración en nombrar a V. S. por jefe político de esa ciudad, mis instrucciones darán a entender a V. S. que esa era mi determinación, como ahora lo ratifico a vista de su consulta en 27 de octubre último, añadiéndole el mando militar y el de intendente de la provincia, conservando el coronel D. Antonio López de Santa Anna la comandancia general de la misma que ha estado desempeñando. Y los comunico a V. para que lo haga entender a todas las autoridades de la provincia.”¹⁶

Fiel a su costumbre, Manuel Rincón dedicó sus empeños a la realización de un trabajo eficiente, y para el 28 de enero de 1822, en su papel de gobernador y jefe político, informó mediante una proclama sobre las elecciones de siete diputados propietarios y uno suplente, que representarían en México a los 11 partidos geográficos de Veracruz, así como de siete diputados provinciales. En este comunicado Rincón revelaba las grandes esperanzas que tenía en los trabajos de los futuros representantes veracruzanos.

El 24 de febrero de 1822 se reunió en la Ciudad de México el Congreso Constituyente, y el 6 de marzo se instaló la diputación provincial veracruzana, teniendo como su primer presidente al ahora ya brigadier Manuel Rincón y al señor José María Quiroz, como secretario.

¹⁶ Rivera Cambas, Manuel, *Los gobernantes de México*, tomo I, México, D.F.: Editorial Citlaltépetl, 1962, p. 218.

IV



EL IMPERIO MEXICANO

Don Agustín de Iturbide se proclamó emperador el 18 de mayo de 1822, con el nombre de Agustín I. Santa Anna fue el primero en comunicar esta noticia a los habitantes de Xalapa, y dispuso que a las 11 de la mañana del día 25 se cantara un *Te Deum*, al que asistirían todos los oficiales, anticipándose al que mandaría el brigadier Rincón, quien lo planeaba para el día 27 del mismo mes. Esta muestra de simpatía de Santa Anna por el imperio se acompañaba de su franco deseo de no obedecer ni ser subordinado.

Al mismo tiempo, en el puerto de Veracruz todo marchaba tranquilamente, debido, en gran parte, a la prudencia y moderación del gobernador Manuel Rincón, quien se concentró en evitar que la ciudad sufriera daños, si es que la artillería de San Juan de Ulúa rompía el fuego. El mandatario mantuvo a toda costa relaciones amistosas con el jefe de ese fortín, en espera de que le fuera entregado en términos pacíficos; sin embargo, el 10 de septiembre se separó de la ciudad y el día 24 fue sustituido por Antonio López de Santa Anna. El Ayuntamiento intentó darle largas al general,

hasta que fue imposible posponerlo más, y el 12 de octubre tomó posesión de su nuevo cargo.

El 6 de diciembre de 1822, Santa Anna y Guadalupe Victoria dieron a conocer, en Xalapa, el Plan de Veracruz, en el cual desconocían al Gobierno de Iturbide y proponían la instauración de un Gobierno representativo, encarnado en el Congreso. A éste, pronto se adhirieron Vicente Guerrero y Nicolás Bravo, seguidos de José Antonio de Echávarri, a quien el recién nombrado emperador Iturbide había encargado sofocar el movimiento en su contra. Mientras tanto, Manuel Rincón había salido con dirección a Alvarado, comandando el regimiento número nueve.

El 18 de diciembre se publicó el Reglamento Provisional Político del Imperio Mexicano que establecía un modelo de gobierno monárquico, constitucional, representativo y hereditario; avalaba garantías, derechos y obligaciones de los ciudadanos y regulaba las facultades y atribuciones de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

Durante todo este tiempo, la lucha continuó. Para el 13 de enero de 1823 los generales Vicente Guerrero y Nicolás Bravo, partidarios del Plan de Veracruz, fueron derrotados por las tropas imperiales que estaban bajo el mando del general José Gabriel Armijo, en Almolonga, ahora estado de Guerrero. El 1° de febrero, Antonio López de Santa Anna y José Antonio de Echávarri promovieron el Plan de Casa Mata entre los jefes del ejército para exigir la reinstalación del Congreso y el desconocimiento de Iturbide como emperador.



Ant. Lopez de Sta Anna

ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANA. Viuda de Murguía e hijos.
Historia de Jalapa y revoluciones del estado de Veracruz. Litografía.

El Plan de Casa Mata fue el primer pronunciamiento militar, luego de la Independencia de México. Inauguró una triste tradición que permeó nuestra historia hasta la Revolución mexicana. El motivo fue el descontento por el mal Gobierno de Iturbide. Buscaba la supresión de la monarquía y el establecimiento de la República.

El 7 de febrero Iturbide dispuso la reinstalación del Congreso como una medida, que resultó insuficiente, para la conservación del poder. Finalmente, el 19 de marzo triunfaron los partidarios del Plan de Casa Mata e Iturbide abdicó al trono de México. El 31 de marzo, el triunvirato conformado por los generales Nicolás Bravo, Pedro Celestino Negrete y Guadalupe Victoria asumió el poder político bajo la denominación de Supremo Poder Ejecutivo, y el 11 de abril de 1823 Iturbide se embarcó para Europa.

En Veracruz, los temores de un ataque desde San Juan de Ulúa eran cada día más insistentes desde que había dejado el Gobierno de aquella fortaleza don José Dávila, así que el 2 de abril de 1823 don Guadalupe Victoria pasó de Veracruz a Xalapa para instalar la H. Legislatura y asignó como encargado del mando militar de la plaza al general Rincón para que hiciera frente a las hostilidades que ejercían los españoles durante este tiempo. Don Manuel Rincón recibió el nombramiento de grado de general de brigada como ascenso al de brigadier, que había obtenido durante el régimen de Iturbide; también recibió una medalla por haberse unido al Ejército Trigarante.

El 20 de mayo de 1824 el Congreso nombró primer gobernador del estado de Veracruz al general de brigada Manuel

Rincón, y ordenó que se le diera el tratamiento de excelencia. Rincón se hizo cargo del Gobierno hasta el día 22 de junio, fecha en que Miguel Barragán prestó juramento ante el Congreso:

Nombramiento del Gobernador del Estado y su Teniente. Número 9. El Congreso Constituyente del Estado Libre y Soberano de Veracruz, decreta: El Congreso nombra Gobernador del Estado al ciudadano General de Brigada Miguel Barragán, y Teniente Gobernador del mismo al ciudadano General Manuel Rincón. Xalapa, Mayo de 1824¹⁷. Un decreto anterior, del día 11 de mayo, expedido por el Congreso Constituyente, mandaba designar a “un teniente que lo sustituya en caso de muerte u otro que imposibilite ejercer sus funciones.¹⁷

Por lo tanto, en ausencia de Miguel Barragán, Manuel Rincón fue nombrado gobernador interino del 20 de mayo al 22 de junio de 1824, fecha en la que el general Barragán retomó el cargo.

En 1826, Manuel Rincón redactó el Reglamento del Estado Mayor General, y el 10 de febrero de 1827 fue designado secretario de Guerra, pero renunció a su cargo el 3 de marzo. El 30 de julio del mismo año, pretendió desconocer al Gobierno del estado por las diferencias que tenía con Barragán, y comandó una insurrección junto con el 9º batallón en la ciudad de Veracruz, aunque ésta no tuvo consecuencias notables.

¹⁷ Gobierno del Estado de Veracruz, *Legislación del Estado de Veracruz*, 1881, t. I, Xalapa. Ver.: 1831, pp. 17-19.

De nuevo, en 1828, Manuel Rincón fue enviado a la provincia de Veracruz como gobernador propietario para sustituir interinamente al general Barragán, quien tuvo que ausentarse por enfermedad, pero el Ayuntamiento de Veracruz en sesión del día 20 de marzo de 1828 acordó no reconocerlo con el carácter de gobernador, por la circunstancia de que su elección había sido hecha por la Legislatura. Ante esto, el general Rincón tuvo que renunciar al cargo de gobernador. En su lugar se designó al general Vicente Guerrero, aunque él nunca asumió sus funciones, por lo que Antonio López de Santa Anna, quien entonces ocupaba el cargo de vicegobernador —de diciembre de 1827 a septiembre de 1828—, fue nombrado gobernador constitucional. Santa Anna entró en funciones del 23 de marzo de 1829 al 2 de enero de 1830, con dos pequeños intervalos.

Lo anterior da cuenta de lo complicado de la época que se vivía y lo enconada que era la lucha por el poder, pues en un periodo de cinco años estuvieron tres personas distintas a cargo del Ayuntamiento del estado. Por otro lado, las constituciones, códigos, leyes, reglamentos y decretos, como documentos legislativos, manifiestan el interés de evidenciar la participación que tuvieron dichos gobernadores en la creación y aplicación de normas y reglas para la convivencia social.



DIFICULT TRAVELING FROM VERACRUZ TO MÉXICO.
Anónimo. Litografía coloreada.

V



EL PLAN DEL PADRE ARENAS

Un ejemplo de la efervescencia de estos años lo muestra el Plan del padre Arenas. El 18 de enero de 1827 el padre Joaquín Arenas invitó al comandante general del Distrito Federal y del Estado de México, Ignacio Mora, a unirse a un levantamiento para restaurar la soberanía de España en su antiguo territorio, pero el general Mora rechazó la propuesta e informó al Gobierno del general Guadalupe Victoria sobre el peligro. La conspiración de Arenas generó inquietud y controversia. Para el 19 de enero, el padre Arenas fue detenido y llevado a prisión, y el Gobierno federal envió comunicados a todos los gobernadores de los estados para que tomaran medidas precautorias. El padre Arenas fue acusado de “lesa-nación” por conspirar a favor del dominio español en México. El proceso contra el religioso duró cinco meses, al cabo de los cuales fue condenado y ejecutado.

Se sabe poco de la vida del padre Arenas. Fue capellán del hospital militar de Chihuahua, en donde vivía en compañía de una mujer. Por tal motivo, el obispo de Durango, Juan Francisco Castañiza Larrea, ordenó su traslado a la Ciudad

de México. Al parecer se dedicó a dirigir una destilería y un garito; pero el hecho es que, preocupado por el estado en que se encontraba la religión católica en México, por culpa del Gobierno liberal, su intención era reinstaurar el régimen absolutista de Fernando VII.

El 2 de junio Joaquín Arenas fue fusilado con un letrero en pecho que decía “por traidor a la nación”. Otros miembros implicados en la conspiración corrieron la misma suerte. Tal fue el caso del padre Martínez y el general Arana, quienes también fueron juzgados y fusilados. Los generales Negrete y Echávarri, señalados por Arana, fueron expulsados del país.

En este periodo surgieron varios otros intentos de rebelión, como el ocurrido en el estado de Veracruz, cuando el 29 de mayo, durante el periodo extraordinario de sesiones del Congreso local de Veracruz, convocado por el gobernador Miguel Barragán, se ordenó que el comisario de la tesorería general del puerto de Veracruz, José Ignacio Esteva, designado por el presidente Victoria, debía salir del territorio estatal en un plazo de tres días. La medida representó un desafío directo al Gobierno.

El 31 de julio el coronel José Rincón, al mando del 9º batallón de infantería, publicó un plan en el que desconocía la autoridad del Gobierno del estado de Veracruz, proclamando que en lo sucesivo sólo acataría las instrucciones del Gobierno federal. Anteriormente, el gobernador Miguel Barragán había tratado de destituir al coronel Rincón. Por este motivo surgieron levantamientos en Xalapa, la Joya y Veracruz.

El 4 de agosto el presidente Victoria comisionó a Vicente Guerrero para controlar los brotes de rebelión en Xalapa. El 9 de agosto Santa Anna asumió el cargo de comandante de la plaza de Veracruz y, de inmediato, emitió proclamas de fidelidad al federalismo a Guadalupe Victoria y a la Constitución.

El 28 de agosto el coronel José Rincón se presentó en Xalapa por instrucción de Vicente Guerrero. Durante su comparecencia, mostró documentos que comprobaban la participación de Manuel Santa Anna, hermano del general Antonio López de Santa Anna, en el connato de rebelión de Xalapa. Manuel fue presado a pesar de la inconformidad su hermano; esto aumentó la enemistad del general y de los hermanos Rincón.

El 8 de septiembre Santa Anna renunció a su puesto de comandante de la plaza de Veracruz y marchó a Xalapa, donde fue elegido vicegobernador por la Legislatura local. En tanto, Vicente Guerrero restableció el orden en esa ciudad, y por el prestigio que adquirió se le señaló como próximo candidato a la Presidencia de la República.

El año de 1828 fue de gran importancia electoral para el segundo periodo presidencial del México independiente, para la renovación de la Cámara de Diputados, la mitad del Senado y de varias legislaturas estatales. Se postularon los generales Vicente Guerrero y Manuel Gómez Pedraza.

Ese mismo año el general Manuel Rincón fue nombrado secretario de Guerra, por el general Guadalupe Victoria. A la capital había llegado la noticia de la invasión de la frontera



VISTA DE JALAPA, MÉXICO DESDE LA CARRETERA ENTRE VERACRUZ Y MÉXICO.
Anónimo. Litografía coloreada.

de Texas por unos aventureros, así que el presidente decidió enviar al general Rincón a guarnecer aquellos puntos, reconocerlos militarmente y fortificar los más importantes para una adecuada defensa de la nación.

El 1° de marzo Manuel Rincón salió de la Ciudad de México. Para entonces se habían pacificado las provincias de Oaxaca y Puebla; y el Plan del padre Arenas, que intentaba regresar al país a un pasado como el de 1808, con un virrey, dependencia de España y una inquisición fuerte, se consideraba desechado.

El general Rincón llegó a Veracruz para preparar la expedición a Texas. El 7° batallón, compuesto de 1 000 hombres, debía embarcarse en Campeche y pasar a Matamoros; sin embargo, llegó a Veracruz y fue sitiado por el general Barragán, en la fortaleza de San Juan de Ulúa, en un intento de someterlos a una acción favorable a los disidentes. Ante esta amenaza Manuel, ayudado por su hermano José, deshicieron la conjura de manera violenta y, aunque se suspendió la expedición original, también se frustró la tentativa del general Barragán de someter al puerto de Veracruz a un nuevo levantamiento en armas. Una vez desecho el plan de controlar Veracruz, los rebeldes empezaron los pronunciamientos de las fuerzas armadas; en Durango, González sublevó la guarnición; en Oaxaca hicieron lo mismo el coronel García y Montes de Oca.

Para las elecciones de 1828 Guerrero tuvo el apoyo popular, pero estas elecciones fueron llevadas de acuerdo con una fórmula donde los 19 congresos de los estados debían emitir

dos votos, uno para presidente y otro para vicepresidente. La mayoría favoreció al candidato Manuel Gómez Pedraza, quien con 11 votos venció a Guerrero por tres. El general Santa Anna, en una intriga anticipada a los resultados, se había apoderado de la fortaleza de Perote, anunciando al país que Vicente Guerrero debía ser presidente, sin importar los sufragios de la Legislatura, pues “la opinión, esa soberana del universo, hizo ver claramente la justicia de su causa”;¹⁸ culpó a la derrotada facción española de conspirar para derrotar al Gobierno constitucional y criticó a Victoria por permitir el crecimiento de ese “partido anti-nacional”.¹⁹

El Gobierno, después de recibir la noticia de la ocupación de Perote, por parte de las fuerzas rebeldes de Santa Anna, decidió mandar al general Rincón a marchar en contra de los sublevados. De inmediato se le otorgó el mando de las mejores tropas de la capital, así como todos los refuerzos posibles del estado de Puebla y de Veracruz. El general Rincón reunió en Puebla una fuerza de 1800 hombres y marchó sobre Perote. Luego que llegó a aquél punto, dividió la tropa en dos porciones, una quedó situada en la hacienda de Aguatepeque, a las órdenes del coronel Unda, y la otra, bajo el mismo general en el Molino del Rey. Ambos puntos estaban a una legua de la fortaleza, así que podían socorrerse recíprocamente en apenas 50 minutos. A los pocos días, el general Santa Anna atacó por sorpresa el campo del coronel Unda, a las cinco de la mañana. Manuel

¹⁸ Fowler, Will, *op. cit.*, p. 87.

¹⁹ *Ibid.*, p. 89.

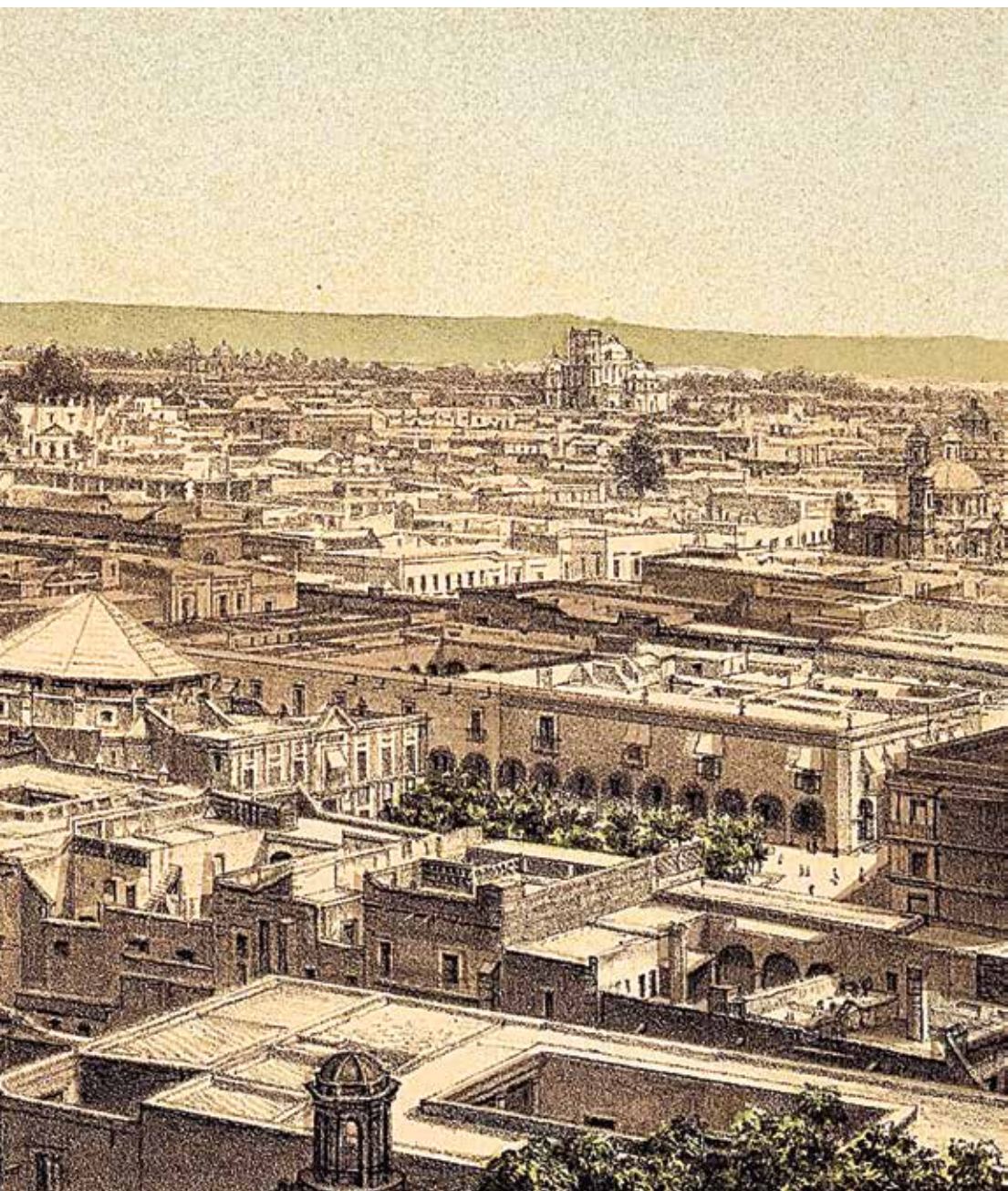
Ricón, cuando escuchó algunos tiros de fusil, ordenó montar al 5° regimiento, compuesto de 400 dragones con vasta experiencia, pero en dirección a la fortaleza, de donde recibió disparos de artillería, provocando la dispersión de los jinetes y la retirada de las fuerzas de Santa Anna hacia el fuerte. Por este episodio el general Ricón fue acusado de dejar ir la posibilidad de derrotar a Santa Anna, pues si se hubiera dirigido hacia el sitio donde se encontraba el coronel Unda se hubiera encontrado con la fuerza enemiga; en su lugar, se retiró al Molino del Rey para avisar al Gobierno de la dispersión y de la sorpresa de una parte de su tropa. Poco después, una partida del general Santa Anna salió de la fortaleza y, cerca de Tepeyahualco, tomó algunas mulas cargadas de harina, pero el general Ricón no se enteró de ese movimiento hasta mucho después de haber sido ejecutado.

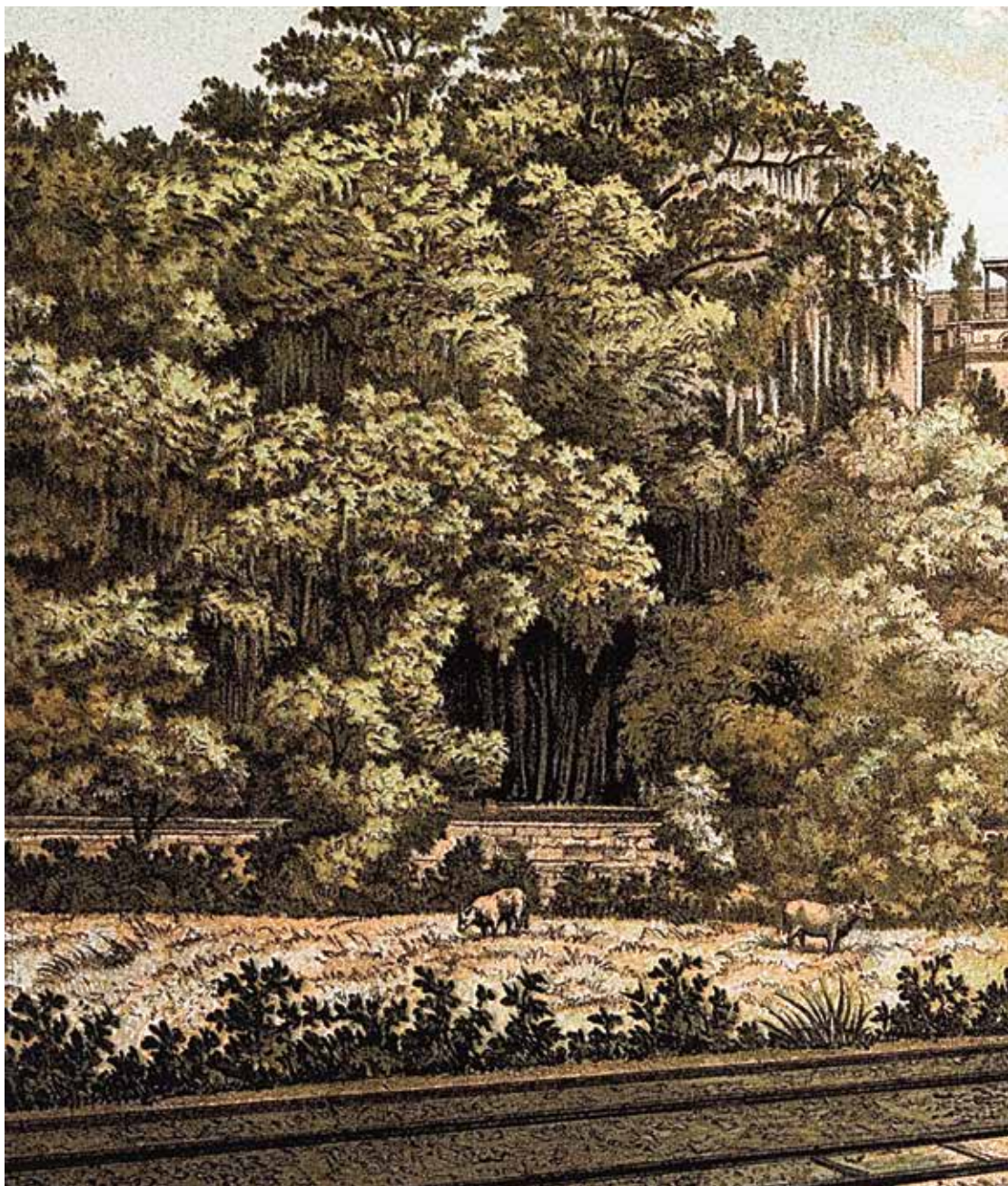
Para reparar el descalabro del coronel Unda, el Gobierno mandó al general Calderón con 700 hombres en dirección de Puebla a Perote, para quedar bajo las órdenes de Ricón. Antes de que Calderón llegara, Santa Anna se situó cobijado bajo el silencio de la noche, al lado del campamento del general Ricón, donde estableció su artillería de grueso calibre y levantó trincheras (todo esto sin que el general Ricón se enterara), así que al amanecer del día siguiente ambos generales formaron su línea de batalla a corta distancia y pasaron la mañana atacándose con fuego de artillería hasta que la caballería de Ricón cargó la línea de Santa Anna y lo derrotó. El general de Perote ordenó (en un incomprensible movimiento) la retirada de su tropa para que ésta comiera



PANORAMA DE PUEBLA (TOMADO DESDE LA TORRE DE SAN FRANCISCO).
Lit. Debray y Sucs. *Albúm mexicano. Colección de Paisajes, costumbres y
ciudades principales de la República / Lámina 15.* Litografía.

.....





EXTERIOR DE CHAPULTEPEC.

A. Gallice. *Albúm mexicano. Colección de Paisajes, costumbres y ciudades principales de la República* / Lámina 16. Litografía.



en el rancho; por tal motivo, no se apoderó de la artillería enemiga. A la mañana siguiente, cuando estaba listo para el ataque, le llegó la noticia de que la fuerza de Santa Anna se había retirado durante la noche.

El Gobierno ordenó al general Calderón que se reuniera sin demora con el general Rincón, pero el mismo día que Calderón salió de Nopaluca a cumplir la orden presidencial, a las dos horas de marcha supo, por un par de desertores del Ejército de Santa Anna, que la noche anterior el general había dejado Perote con 800 hombres. Entonces Calderón decidió marchar para cubrir Puebla, movimiento que fue aprobado por el Gobierno, que al mismo tiempo preguntaba a Rincón qué rumbo había tomado Santa Anna y cuáles eran los planes de la fuerza que había salido días antes. El general Rincón no pudo ofrecer ninguna información. Como respuesta, se dedicó a perseguir a Santa Anna; primero se dirigió a San Andrés Chalchicomula, pero para cuando llegó, Santa Anna ya había salido hacia Tehuacán. Cuando Rincón llegó a esta ciudad en el estado de Puebla, Santa Anna ya había salido hacia Oaxaca.

El Gobierno de México había previsto que los sublevados se retirarían hacia Oaxaca, por lo que ordenó la guarnición de la ciudad y la ocupación de algunas posiciones claves en la sierra. Cuando no le quedó duda de que Santa Anna había tomado el camino del Río de las Vueltas, creyó que era infalible su derrota y aprisionamiento. Tan seguro estaba que el mismo ministro de guerra, Manuel Gómez Pedraza, declaró firmemente en el Senado, “el día de hoy está

destruido el pelotón que acaudilla el general Santa Anna, quien con una felonía ha puesto en sus manos el Estado de Oaxaca”.²⁰ Por desgracia, sólo ocurrió lo segundo, ya que el coronel Pantoja, que tenía a su cargo el bastión de Domingullo, en lugar de defenderlo lo entregó, salvando así a Santa Anna del peligro en que lo ponía la división del general Rincón que venía a dos días de camino.

El Gobierno respondió a este incidente ordenando la marcha por la mixteca del exconde de San Pedro del Álamo, que se encontraba en Tepeaca, con 600 hombres, y a Rincón se le ordenó marchar a jornadas dobles sobre la ciudad de Oaxaca. El general destacó 150 dragones a las órdenes de Miranda, pero éste fue abatido por Santa Anna en las vecindades de Etlá. Rincón forzó su marcha para llegar a San Juan del Estado el 4 de noviembre, un punto descuidado por Santa Anna. Al siguiente día, el líder rebelde, al reconocer su descuido, se dirigió a ocuparlo; no obstante, se encontró con las fuerzas de Rincón, que eran muy superiores en todos los aspectos. En este punto el general Rincón pudo haber dado fin al levantamiento militar; sin embargo (en una acción que provoca muchas dudas sobre los motivos que lo llevaron a actuar así), en lugar de eso, le permitió a Santa Anna retirarse a Etlá, después de una larga entrevista, bajo el ofrecimiento de no ocupar la ciudad de Oaxaca; días después se burló de

²⁰ Gómez Pedraza, Manuel, *Manifiesto (que Manuel Gómez Pedraza ciudadano de la República de Méjico dedica a compatriotas; es decir, una reseña de su vida pública)*, Nueva Orleans: Imprenta Benjamín Levy, 1831, p. 55.

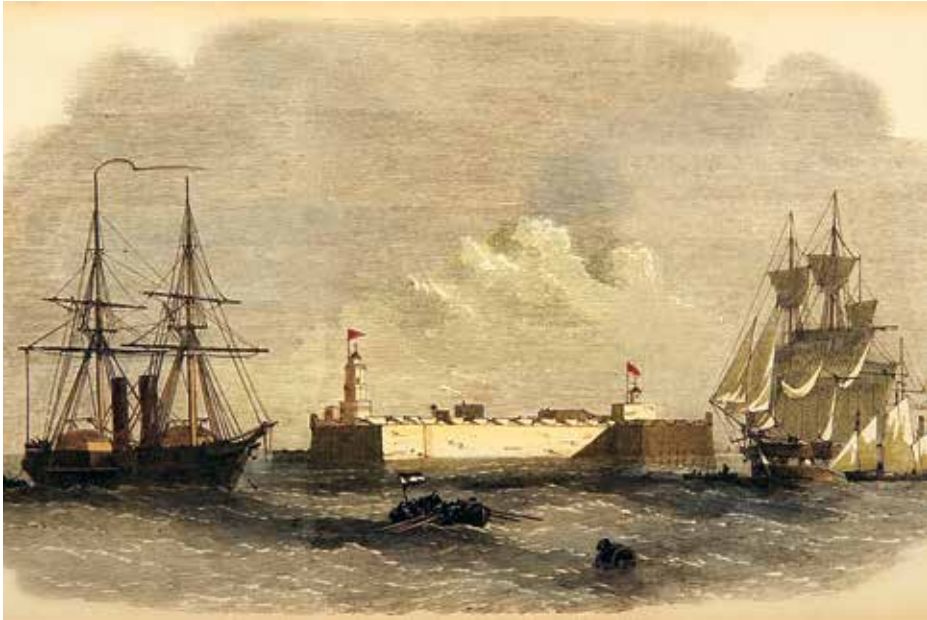
la credulidad del general Rincón cuando entró a la ciudad, dejando 600 víctimas a su paso.

Santa Anna le envió una carta a Rincón el 20 de noviembre para sugerirle que unieran fuerzas. En ésta le decía que temía una inminente invasión española y que, mientras más combatieran entre sí, mayores serían las probabilidades de un triunfo español. Rincón, después de 10 años de rivalidad con Santa Anna, no estuvo dispuesto a negociar y permitió que Calderón tomara el mando de las fuerzas gubernamentales en el campo de batalla.

Este episodio fue calificado con extrema severidad por el entonces ministro de guerra, Manuel Gómez Pedraza, quien escribió:

Si el general Rincón hubiera correspondido a la confianza del gobierno, se habrían evitado las matanzas de Oaxaca, la asonada de diciembre y sus horrores, la invasión de los españoles, y las desgracias que fueron consiguientes, el orden se habría afianzado, la seguridad pública renacido; y los partidos, quedando destruidos para siempre, no atizarían hoy la guerra civil, ni los odios arraigados que han convertido a la República en teatro de exterminio y de desolación: ¿Cómo enjuagará ese general las lágrimas de las familias? ¿Cómo indemnizara a la nación de las pérdidas irreparables que ha sufrido? ¿y cómo en fin, aplacará las manes de centenares de víctimas que yacen en la tumba por su causa?²¹

.....
²¹ Gómez Pedraza, Manuel, *op. cit.*, p. 546.



LA INTERVENCIÓN EN MÉXICO: FUERTE DE SAN JUAN DE ULÚA VERACRUZ.
Anónimo. Grabado en metal coloreado.

El 23 de diciembre de 1832 los generales Gaona, Arista y Aleorta, en representación de Bustamante, y L. Pablo Anaya, Valencia y Basadre, representantes de su general en jefe don Antonio López de Santa Anna, se reunieron en la hacienda de Zavaleta, localizada en la periferia de la ciudad de Puebla, firmaron los convenios que llevan el nombre de dicho lugar, con los cuales pusieron fin a la administración de Bustamante y llevaron a la Presidencia de la República a Gómez Pedraza, que terminó el 1° de abril de 1833. El general Rincón, por su parte, se negó a adherirse a estos convenios de la misma forma que se abstuvieron los generales José Morán, Ignacio Rayón y José María Calderón.

VI



REGRESO AL CAMPO DE BATALLA

A mediados del año 1836, Manuel Rincón dejó su puesto militar en Puebla después de dos años y se retiró a la Ciudad de México, donde se mantuvo sin ocupación por algún tiempo hasta que el presidente Anastasio Bustamante lo nombró jefe del Departamento de Guerra, en sustitución del general Guadalupe Victoria, quien pasó a ser parte de la Suprema Corte Marcial. Rincón, finalmente, tomó el cargo de inspector general de la milicia activa, cargo en el que se sentía totalmente cómodo. Las serias acusaciones sobre su actuación parecían ser cosa ya del pasado y nuevamente se reintegró a labores de servicio.

Como titular de este puesto fue enviado por el presidente a tomar el mando de un cantón en Veracruz. Esta disposición obedecía al hecho de que Rincón había fundado en Sacrificios una escuadra de navíos de Estados Unidos la cual, aunque representaba una amenaza, nunca pasó a ser tal, pues no existieron altercados con ella.

El general llegó al puerto de Veracruz en julio de 1837 con la idea de incrementar la disciplina entre las tropas y la

esperanza de que “se estableciera la buena armonía con nuestros vecinos del norte”.²² Permaneció en esta situación, a pesar de su deseo de regresar a la Ciudad de México, hasta que se le ordenó tomar el mando del departamento unido al cantón el 30 de septiembre.

Una vez a cargo de la comandancia general del departamento, consideró indispensable llenar las obligaciones de su nuevo nombramiento. Ya organizado y con temor al mortífero clima de la costa, del que se había separado por 10 años, se trasladó a Veracruz para examinar personalmente el estado de San Juan de Ulúa y así acudir a reparar todo aquello que lo demandaba.

La guarnición se hallaba:

Tan reducida que apenas pasaba de 400 hombres la fuerza disponible de ella, esto contando los hombres con que se contaba para el servicio de la plaza y la fortaleza de San Juan de Ulúa, y la situación en cuanto al interesante punto de su sostenimiento, era tan miserable, que los jefes y oficiales solo recibían de tarde en tarde pequeñas partidas por cuenta de sus crecidos atrasos salariales, y las tropas se encontraban sujetas a un pésimo rancho, sin que hubiese percibido por mucho tiempo el mezquino medio de sobras.²³

.....
²² Rincón, Manuel, *Manifiesto que dirige a sus compatriotas el General Manuel Rincón de las injustas imputaciones que se le han hecho por los desgraciados acontecimientos de Ulúa y Veracruz*, México, D.F.: Imprenta de I. Cumplido, 1939, p 7.

²³ *Idem.*



El general Manuel Rincón fue gobernador del estado de Puebla de 1835 a 1836.

Había quedado tan poco parque que no fue posible encontrar ni siquiera cartucheras vacías para regular la dotación de las piezas. Al interior y exterior de varios lugares de la muralla se habían formado médanos de arena y estaban tan pegados a los baluartes que dejaban un libre paso, el cual era utilizado por algunos carruajes; además, la artillería se encontraba desmontada y en tan malas condiciones que no se podía utilizar.

El general Rincón estaba dedicado por completo a las tareas de abasto y compostura de los baluartes de la plaza de Veracruz y San Juan de Ulúa, cuando se le comunicó oficialmente el próximo arribo de una escuadra francesa con miras hostiles.

VII



LA GUERRA DE LOS PASTELES

En 1838 se dio la primera Intervención francesa, conocida con el nombre, un tanto cómico, de La Guerra de los Pasteles. El nombre proviene de una reclamación hecha por un pastelero francés de apellido Remontel. Este hombre había instalado en Tacubaya una pastelería y presentó, ante el representante del Gobierno de Francia, una demanda en la que exigía que se le pagaran 60 000 pesos por los pasteles que él en compañía de algunos oficiales de Santa Anna habían comido. Todos estaban en estado de ebriedad y habían consumido grandes cantidades de vino; además, decía, le habían robado la batería de cocina y las ganancias de varios días de venta, aprovechando la confusión que se había dado por uno de los diversos motines que por la época se llevaban a cabo casi bajo cualquier pretexto.

El reclamo de Remontel, del que los periódicos de la época hicieron mofa, irónicamente dio nombre a la primera guerra de México con Francia: «La guerra de los pasteles». El origen del conflicto era más complejo que la simple

reclamación de un pastelero borracho. Si ese hubiera sido el origen del conflicto, su solución habría sido bastante sencilla: Se hubiera resuelto con la indemnización de la cuenta y una reprimenda, en lugar de una lucha armada que puso en evidencia las debilidades de la joven nación mexicana y de sus fuerzas armadas y los intereses económicos de Francia puestos sobre México bajo la égida del imperialismo.²⁴

Entre las muchas deudas que México tenía, la del pastelero era insignificante y el Gobierno se había negado a pagarla, aduciendo que en las revueltas también habían sufrido pérdidas los mexicanos.

Tras la declaración del gobierno mexicano, la situación con Francia se vio afectada seriamente y la tensión entre los dos países se hizo evidente:

El 21 de marzo el ministro Deffaudis dictó un ultimátum a bordo de la fragata *L' Herminie*. En ella exigía al Gobierno mexicano el pago de 600, 000 pesos por reclamaciones e intereses, el retiro de ciertos oficiales y la excepción de préstamos forzosos o la intervención en el comercio de los franceses en México que debían hacerse efectivos a partir del 15 de abril. El Gobierno mexicano contestó el 25 de marzo que el honor nacional no admitía una consideración favorable al documento sin la retirada de los barcos franceses. En

²⁴ Antúnez, Rafael, *Un corazón liberal, vida y tiempo de Ignacio de la Llave*, Xalapa, Ver.: Editorial Las Ánimas, Gobierno del estado de Veracruz, 2012, p 47.

una carta fechada el 4 de abril de 1838 el ministro Cuevas expuso el temor de que la conducta del Gobierno francés hacía suponer que la finalidad que se perseguía era intervenir en un cambio en el Gobierno mexicano.²⁵

El Gobierno mexicano realizó algunos esfuerzos por alcanzar un punto de acuerdo, pero manteniendo una postura infranqueable en cuanto al tema de las indemnizaciones y los desproporcionados reclamos del Gobierno francés, los cuales incluían no sólo fuertes cantidades de dinero sino también la destitución de funcionarios, y además exigía que les fuera aplicada a los ciudadanos franceses radicados en el país una legislación especial. El Gobierno mexicano no cedió ante esas pretensiones y el intercambio epistolar subió de tono entre los encargados de la negociación. El 6 de marzo, finalmente, fondeó en aguas veracruzanas una escuadra de la Marina Real Francesa al mando del comandante Bazoche. El barón Deffaudis, encargado de las negociaciones, a bordo de la fragata *L' Herminie*, dictó un ultimátum al Gobierno mexicano en el que, además del pago de 600 000 pesos por reclamaciones e intereses, exigía también el retiro de ciertos oficiales y la excepción de préstamos forzosos o la intervención en el comercio de los franceses en México, lo cual debía hacerse efectivo a partir del 15 de abril. La respuesta de México llegó cuatro días más tarde: las embarcaciones francesas debían retirarse, de lo contrario no habría negociación alguna.

²⁵ *Ibid.*, p. 49.



COMBATE EN SAN JUAN DE ULÚA. Auguste-Jugelet. Óleo sobre tela.



Como consecuencia de la amenaza francesa, el general Rincón inició los preparativos para repeler la agresión que amagaba a la República. Para esto, dispuso que el batallón de Matamoros, que estaba aclimatándose en Paso de Ovejas, se trasladara a San Juan de Ulúa para reforzar la guarnición, y nombró como comandante de la fortaleza al general de brigada Antonio Gaona; además, ordenó de inmediato el desarene del recinto de Veracruz y la dotación de víveres necesarios. Posteriormente, ordenó también la reparación de las fortificaciones, la reposición de los montajes y la construcción de útiles para restablecer la artillería de la plaza y del castillo. Este trabajo no fue sencillo, pues en un principio no tenían las herramientas necesarias y la reparación del cureñaje terminó siendo más un remiendo que una compostura.

En labores como éstas es donde era posible observar, si no el genio militar —que no poseía—, sí la eficiencia con que llevaba a cabo las labores que se le encargaban. No sólo era un hombre organizado y emprendedor, sino también previsor y por completo entregado al servicio. Obediente, pero dueño de múltiples iniciativas, el general Rincón encontró preciso poner a cubierto las costas laterales, y para tal efecto situó destacamentos en las inmediaciones de Veracruz, apoyado por las autoridades de Tlacotalpan y Alvarado.

En medio de este cúmulo de trabajos, llegó por fin el 15 de abril, fecha que fue fijada en el ultimátum para iniciar el bloqueo de los puertos mexicanos por la fuerza invasora francesa. Ese primer día nada ocurrió, pero el comandante de la milicia gala, el señor Bazoche, envió el comunicado el 16 de abril a las

dos de la tarde, en el que declaraba el estado de bloqueo por el Ejército francés de todos los puertos de la República. Al mismo tiempo, tres bergantines de guerra franceses zarpaban para hacer crucero y patrullar las costas mexicanas.

El total de las fuerzas establecidas para proteger Veracruz el 16 de abril era de 1167 hombres, contando los destacados en Puente Nacional y 88 caballos. Con estas fuerzas le fue imposible al general Rincón destacar una batería en la playa de Mocambo para poder desalojar las naves fondeadas en Sacrificios, como le fue injustamente criticado.

A pesar de esta situación, el Gobierno le pidió desde la capital lo siguiente:

Primero, que no permitiera a los buques hacer presas ni aproximarse ellos mismos bajo los fuegos del castillo de la plaza, o de cualquier otra batería o punto fortificado, cuya prohibición notificara V. E. al comandante de las fuerzas bloqueadoras. Segundo, si algunas de las presas hechas por dichas fuerzas, lo hubieran sido dentro de los fuegos referidos, hará V. E. las reclamaciones correspondientes al expresado comandante de la escuadra francesa para que se devuelvan las presas. Tercero, no siendo conforme al honor e interés de la nación mexicana que las fuerzas francesas sigan ocupando la isla de Sacrificios, puesto que al mantenerse bajo el cañón mexicano quebranta las reglas del bloqueo, y el conservar por la fuerza una parte de la república que ocuparon amistosamente, equivaldría por la de dichas fuerzas a una declaración de guerra, lo manifestara V. E. así

al comandante de ellas, notificándole desocupe el expresado punto de Sacrificios; entendiéndose que de no hacerlo así, se tendrá esto como un acto de hostilidad, de cuyas consecuencias será únicamente responsable el referido comandante. Cuarta, si su respuesta fuera negativa, dará V. E. inmediatamente aviso al gobierno por extraordinario, enviando las comunicaciones originales que comprueben el hecho, para que con arreglo a él se resuelva definitivamente lo que haya de hacerse en el caso.²⁶

No por nada el general Rincón se sentía abandonado y preocupado. La reprimenda que traía el comunicado la encontró absurda e injustificada, ya que las naves extranjeras no habían hecho presa alguna bajo el alcance de las baterías mexicanas; además, si no había dirigido a Bazoche la invitación para que abandonara la isla de Sacrificios era porque carecía de los medios para ejecutar tal demanda por la fuerza, y si hubiera actuado de esa manera, lo único que hubiera conseguido sería evidenciar la debilidad de las posiciones mexicanas y posiblemente habría llegado hasta el ridículo ante el mismo Gobierno de la República mexicana.

En la Ciudad de México, por otro lado, se hablaba de la incapacidad del jefe militar en Veracruz, y ante tales rumores, que por supuesto llegaron hasta el puerto, el general Rincón se ofreció a mantenerse en la plaza, bajo las órdenes de algún

²⁶ Comunicado enviado al comandante general de Veracruz por el Ministro de guerra y marina, José Morán, abril 23 de 1838. Citado por David Ramírez Lavoignet.

otro general que lo sustituyera en el cargo. Para esto, el general Rincón se dirigió de manera confidencial al presidente, suplicando que le fuera admitida su renuncia oficialmente; sin embargo, su solicitud fue infructuosa. Esto le destruyó toda esperanza de quedar libre de lo que sería un destino espinoso.

El general Rincón estaba convencido de que los males previstos y los que se procuran evitar eran, indudablemente, menos penosos que los inesperados, y cada uno de estos últimos lo golpeaba profundamente. Durante el mes de mayo siguió con los trabajos para mantener cubierto el litoral del puerto de Veracruz y el castillo de Ulúa, siempre luchando contra la escasez de recursos que se alzaba como una muralla contra los planes del general. Una de las operaciones más importantes de ese mes fue la de poner el armamento de algunas lanchas cañoneras al servicio de la protección de las embarcaciones que entraran a puerto después de evitar el bloqueo. Para esto, dio la orden al comandante general del departamento de Marina, a quien el Gobierno central había puesto bajo las órdenes del general; y así sucedió, seis lanchas fueron puestas bajo su mando. A fines de mayo y principios de junio, se comenzó a notar que los buques franceses ocupados en el bloqueo de los demás puertos del país se concentraban en la isla de Sacrificios y que, además, aumentaba el número de naves con otras que llegaban de la Habana y Martinica. Rincón lo interpretó como la señal de un acto hostil contra Veracruz o Ulúa por parte del Sr. de Bazoche. Pero esta sospecha se convirtió en certidumbre



CIUDAD Y PUERTO DE VERACRUZ, MÉXICO. Anónimo.
Grabado en metal.

por los continuos avisos que recibía. Por tal motivo, preparó la plaza para una invasión, la cual consideraba que sería con un ataque al puerto y no al castillo, pues en éste la defensa era mucho más débil. Entre las medidas que dirigió Rincón para organizar la defensa, destaca la de armar a los habitantes del puerto y al mayor número posible de habitantes de sus orillas. Esta medida fue muy criticada, pues prefirió apoyar al destacamento menos distante con civiles armados, en lugar de llamar a las tropas de Paso de Ovejas y Puente Nacional.

El general Rincón estaba convencido que una buena parte de esas tropas había sido devorada o inutilizable debido a las enfermedades tropicales durante los meses de calor. Esta pérdida lo privaría de la única fuerza entrenada para acudir en ayuda del puerto, en caso de que fuera atacado, ya para concentrarse en él o para operar fuera de él, dependiendo de los diversos escenarios probables.

Con la finalidad de poder aumentar el número de defensores civiles pidió ayuda al prefecto don Francisco Borja Garay, y con su cooperación formó un batallón que llamó Voluntarios de Veracruz. El número de voluntarios llegó a los 580 hombres de infantería. Formó, también, una compañía de ayudantes de artillería, con el fin de suplir en lo posible la falta de artilleros veteranos. En general, todos los preparativos fueron de carácter defensivo y bajo la sombra de una inminente invasión.

La circunferencia de la plaza es de tres mil ciento setenta y cuatro aras, y su fortificación consta de nueve baluartes,

enlazados entre sí por lienzos de muralla de cal y canto, aunque de poca altura y espesor, los de Santiago y Concepción, colocados en los ángulos salientes de las extremidades de la cara que da frente a Ulúa, a distancia el uno del otro de mil doscientas setenta varas, y que contribuyen por su posición a la defensa del puerto, son de mayor importancia, así por su extensión como por su fuerza: los siete restantes y de menor tamaño, vienen a ser casi iguales entre sí. Admiten cien piezas de artillería de todos calibres, y sus fuegos se cruzan con acepción de los de aquellos que están situados en el extremo del espacio que ocupan los cuarteles cuya pared exterior forma parte del recinto que circunvala la ciudad.²⁷

Esta descripción hecha por Rincón nos da una pequeña muestra de las muchas carencias que se tenían para intentar cualquier tipo de resistencia. Era evidente que la ciudad no estaba preparada para resistir un ataque en forma, pues había carencias en todos los rubros.

Tras la lectura de este suceso, no es difícil entender que se necesitaba reforzar y aumentar las fortificaciones de Veracruz, más aun cuando todo anunciaba un pronto ataque de un ejército profesional, bien entrenado, que contaba con todos los elementos y armamento de un ejército moderno. El general Rincón expresó en sus comunicados a la Ciudad de

²⁷ *Manifiesto que dirige a sus compatriotas el General Manuel Rincón de las injustas imputaciones que se la han hecho por los desgraciados acontecimientos de Ulúa y Veracruz, México: Ignacio Cumplido, 1939, p 22.*

México que intentaría construir una segunda línea de defensa, así como otras obras interiores y exteriores²⁸ pero, desgraciadamente, no le fue posible acatar este plan por falta de dinero. Los trabajos emprendidos en Veracruz y el castillo de Ulúa fueron parcialmente financiados con préstamos de comerciantes, gracias a la intervención del administrador de la aduana marítima Manuel María Pérez, quien había conseguido 12 000 de los 13 000 pesos que logró reunir el general. Tras superar infinitas dificultades, se logró, para finales de agosto, concluir solamente la reparación de las antiguas fortificaciones.

La desesperación del general Rincón llegó a tal grado que él mismo tuvo que solicitar que se le enjuiciara, ante el Ministerio de Guerra, si creían exageradas sus manifestaciones en lo referente a las miserias que se experimentaban en el puerto de Veracruz y el castillo de Ulúa. Por si fuera poco, al mismo tiempo recibió solicitudes de ayuda de los comandantes de los destacamentos del camino a Veracruz.

El 20 de agosto llegaron dos buques más que anclaron en Antón Lizardo, y los miembros del destacamento que observaba aquel fondeadero se retiraron a sus casas, pues transcurrieron cuatro días sin que se les diera ningún tipo de ayuda. Este acto sugería el riesgo de que todos los demás auxiliares en otras costas hicieran lo mismo, dejando a los franceses en plena libertad de hacer incursiones para tomar ganado y causar todo tipo de daños en el litoral.

28 "Comunicado de la Comandancia de ingenieros del departamento de Veracruz, agosto 8 de 1938, dirigido al Ministerio de Guerra y firmado por D. Manuel Rincón". Citado por David Ramírez Lavoignet.



EL CASTILLO DE SAN JUAN DE ULÚA. Smyth.
Grabado en metal.

Con las tropas sin paga, los trabajos de fortificación de las defensas entorpecidos y los hospitales sin medicinas ni auxilio, incrementó la desertión de soldados encargados de la defensa del puerto. Esta situación no fue favorable para México, y parecía agravarse conforme pasaban los días.

Llegó septiembre y seguía la misma penuria del mes anterior; peor aún, no se podía siquiera conseguir los sacos de tierra, para reforzar las fortificaciones y reparar los posibles daños provocados por ataques de artillería. Ante esta situación, el general Rincón amenazó al Gobierno central con dar a conocer a la prensa todos los comunicados en que le había solicitado ayuda para la defensa de Veracruz y las respuestas que había obtenido. El Gobierno central le contestó que se le prohibía este procedimiento, interpeándole a considerar que “teniendo a su frente al enemigo exterior, y a la espalda la anarquía, los resultados del paso que proponía debían ser funestos al orden y a las leyes”.²⁹

En ese tiempo se esperaba la llegada de tropas francesas de desembarco, así que el general Rincón se vio obligado a aumentar las guarniciones con las tropas que se hallaban en la ciudad y otras de las que pudiera disponer. Llamó a dos compañías activas del batallón de Toluca que se dirigían hacia Tamaulipas y las incorporó a la división de operaciones de Barlovento, al mando del general Martín Perfecto de Cos. Con la llegada de este nuevo contingente, la fuerza nacional sumaba un total de 1014 hombres. El general no había

.....

²⁹ *Manifiesto que dirige a sus compatriotas el General Manuel Rincón...*, op. cit, p. 17.

llamado a esta tropa con anterioridad para protegerla de lo que se conocía como "vómito negro", pero debido a las circunstancias y a que ya había pasado la canícula hizo de su movimiento algo inevitable.

La situación era a tal grado paupérrima que a los soldados recién llegados y que presentaban alguna enfermedad se les tenía que atender en el suelo, recostados, sobre algunos costales. La medicinas eran escasas y, por si esto fuera poco, el 8 de septiembre, los practicantes médicos, obligados por la falta de salario, se vieron en la necesidad de buscar otro lugar de empleo para poder aliviar sus necesidades. Así que el general Rincón dispuso que los ayudantes que estaban en la plaza salieran inmediatamente a buscar a los médicos y que los condujeran arrestados al hospital para que continuaran en el desempeño de sus funciones.

Situaciones novelescas como ésta se daban a cada instante todos los días. El puerto vivía en una gran incertidumbre. El general Rincón realizaba cuanto estaba a su alcance pero, sin importar lo que lograra, las carencias eran tantas que su trabajo siempre parecía minúsculo y no pocas veces inútil.

La organización de la defensa continuó todo el mes de septiembre, se fortificó y se instaló artillería en las azoteas de las parroquias de Santo Domingo y San Agustín, pensando en atacar a los invasores desde allí, en caso de que éstos se hicieran de la plaza.

Para octubre, los hospitales de Veracruz, San Juan de Ulúa, Santa Fe y Puente Nacional seguían padeciendo toda clase de escaseces y se temía que la guardia de Ulúa

se amotinara por las privaciones que sufría. Esta situación, más la precaria salud del general, lo llevaron a presentar, otra vez, su renuncia, la cual, una vez más, le fue rechazada por el Gobierno de la República.

Ante la negativa del Gobierno que le permitiera abandonar su puesto, el general Rincón aumentó el número de comunicados en los que exponía la precaria situación de la defensa de Veracruz y solicitaba la ayuda financiera que le era tan necesaria. También presentó testimonios de la situación de la plaza y otros relativos al hospital militar.

Para el día 20 de octubre fondearon en Sacrificio dos fragatas de guerra francesas distintas a las anteriores; en una de ellas, *la Nerida*, llegó el contralmirante Charles Baudin, quien poseía la doble investidura de comandante de las fuerzas francesas en el Golfo de México y ministro plenipotenciario ante el Gobierno de la República. Este personaje tenía la encomienda de exigir a México el pago de 600 000 pesos, entre otras demandas, por daños causados a sus connacionales en las diversas revueltas mexicanas.

Este nuevo jefe le envió al general Rincón, al día siguiente de su llegada, una solicitud de paso por Veracruz para un oficial que le era necesario mandar a la Ciudad de México con pliegos para el ministro de Relaciones Exteriores. La respuesta del general Rincón fue la de aceptar la solicitud. En consecuencia, el nuevo enviado francés bajó a la plaza, donde lo trataron con todas las consideraciones que le eran debidas. Para su seguridad en el tránsito lo acompañaron uno de los ayudantes del general Rincón y una escolta. Esta actitud conciliatoria fue

contestada por los invasores positivamente, cuando dejaron llegar a puerto al buque mercante alemán *Emman*, con un cargamento regular. Muchos consideraron este acto como una muestra de paz del nuevo negociador francés e, incluso, fue juzgado como una suspensión del bloqueo, aunque con el tiempo se probó que todo había sido una mera casualidad.

Para noviembre, era claro que si la respuesta a los pliegos petitorios del señor Baudin no era de conformidad con los intereses extranjeros, Veracruz y San Juan de Ulúa serían indefectiblemente atacados. Esto lo indicaba el creciente número de buques de la escuadra francesa, sus maniobras y las noticias que llegaban del próximo arribo de otras embarcaciones, por lo que se tuvo que redoblar la vigilancia en la plaza y el castillo y llamar al servicio a la gente de las inmediaciones, aunque los padecimientos continuaban por la falta de dinero para pagar salarios, comidas y otros enseres. Para entonces, también llegaron las fragatas de guerra *Criolla* y *Gloria*, dos corbetas y un bergantín, para sumar un total de cuatro fragatas, dos corbetas, seis bergantines, más uno anclado en Antón Lizardo; además, los buques mexicanos detenidos: el bergantín *Único Hijo*, la goleta *Barbarita* y la *Esperanza*, que se encontraba inutilizada.

Si bien el Gobierno de la capital conocía la llegada de los buques de guerra que estaban anclados en la isla de Sacrificios, la de otros buques y, también, el más que dudoso avance en las negociaciones, no envió nuevas tropas ni otro tipo de ayuda. El día 17 de noviembre las cosas se complicaron aún más: se descubrió el robo, en el castillo de San Juan de Ulúa de cerca de 1000 cartuchos de todos los calibres.



SAN JUAN DE ULÚA. Anónimo.
Dibujo a lápiz.

La situación era desesperante. Mientras se engrosaban los elementos de la escuadra francesa con la llegada de nuevos buques, el estado de las negociaciones entabladas con el enviado plenipotenciario de aquella nación apagaban toda luz de esperanza de que el final fuera pacífico y razonable. Todo anunciaba la guerra, así que el general pidió refuerzos a Córdoba, Orizaba, Coscomatepec y Papantla, mientras que armaba a más de 700 hombres de las rancherías y pueblos de los alrededores.

Para el 27 de noviembre, el enviado plenipotenciario se encontraba de nuevo a bordo de su embarcación y en espera de la respuesta del Gobierno mexicano a sus demandas, pero al mismo tiempo envió una señal de desaliento cuando solicitó el libre abandono de la plaza de los súbditos franceses para precaverlos de todo riesgo. Por tal motivo, fueron embarcados durante las primeras horas de ese día, en los bergantines *Emman* y *Wind Hand*.

A las nueve de la mañana llegó a Veracruz el mensajero que portaba el pliego de Luis G. Cuevas, ministro de Relaciones Exteriores, y éste fue enviado de inmediato a entregarlo, con dos oficiales de la Armada mexicana, al contralmirante francés. Cuando llegaron al *Nerida*, el buque ya se hallaba en movimiento, al igual que otros navíos, con el fin de tomar posición para atacar la fortaleza de San Juan de Ulúa (la escuadra contaba en aquel día con cinco fragatas de primera clase, una corbeta, dos vapores, dos bombarderos y un bergantín).

Mientras que el resto de la fuerza se quedó como reserva anclada en la isla de Sacrificios, la fuerza invasora abrió fuego a las

dos y media de la tarde, cuando apenas habían abandonado los enviados mexicanos el buque extranjero. De inmediato, inició el estrépito y la violencia del ataque, 200 cañones abrieron fuego en contra del castillo. Éste contestó con apenas la fuerza de 40 cañones. Los oficiales mexicanos observaron la desigual pelea desde los baluartes de Concepción y Santiago. Como a las cinco de la tarde el fuego expulsado por el castillo disminuyó notablemente y poco después se suspendió. Sólo se mantuvo el de los morteros, que habían atacado el fortín de Concepción. La fortaleza sufrió grandes daños.

Las defensas de San Miguel y el Caballero Alto fueron voladas y perdieron su artillería, una gran cantidad de pólvora y, lo peor de todo, la fuerza que los mantenía. La mitad de las piezas de artillería eran inservibles, además de que un gran número de artilleros fueron puestos fuera de combate sin que hubiera manera de sustituir a estos hombres. El número de muertos y heridos era bastante grande y esto provocó que el ánimo de la tropa decayera tremendamente. Las municiones del castillo estaban por extinguirse, la tropa agotada y en espera del asalto, así que sólo quedaba solicitar una suspensión del fuego al enemigo para enterrar a los muertos y recoger a los heridos.

En medio de este caos, el general de división Antonio López de Santa Anna, quien acababa de llegar a la plaza con la intención de auxiliar en la defensa, se ofreció para ir a la fortaleza para observar el estado en que se encontraba, escuchar a su comandante y demás oficiales y tomar todas las medidas conducentes para continuar con la defensa, si es que ésta era posible.

El general Santa Anna regresó después de tres horas, acompañado por los coroneles Cela y Mendoza, después de poner en marcha lo necesario para una mejor defensa del castillo, pero los informes de palabra y por escrito eran francamente desoladores.

Ante esta situación, el general Rincón decidió enviar un piquete de tropa de artillería, cartuchos de cañón, 80 artilleros veteranos, entre 100 y 200 miembros de la infantería y 30 quintales de pólvora para prolongar, hasta donde fuera posible, la defensa de la fortaleza de San Juan de Ulúa; sin embargo, a pesar de los heroicos esfuerzos de los oficiales encargados de la defensa, finalmente acordó, por no haber otra alternativa, admitir las proposiciones hechas por el comandante de las fuerzas francesas, para capitular en la mañana del día 28 de noviembre.

Era imposible otro desenlace. Las baterías flotantes de los franceses tenían mucha ventaja sobre las baterías fijas de Ulúa; además, las armas invasoras eran más y de mayor calibre, tenían pólvora de mejor calidad y sus proyectiles estaban mejor fabricados. Con todo y esto, San Juan de Ulúa resistió denodadamente por cuatro horas un fuego nutrido y desbastador y, aunque el honor de los mexicanos quedó intacto, la victoria se inclinó fácilmente para el lado francés.

Una vez que se rindió la fortaleza de Ulúa, la ciudad de Veracruz quedó privada de todo apoyo del lado del mar, que era su lado más fuerte. Ahora ¿qué resistencia podría presentar cuando sus fortificaciones eran aun inferiores a las de Ulúa? Para el atardecer del día 28 los franceses ya

empezaban a colocar sus buques en posición, unos para atacar los baluartes de Santiago y Concepción, y otros para atacar las calles principales de la ciudad. En la madrugada de ese mismo día, el general Rincón recibió una oferta de capitulación enviada por el señor Baudin, a la que respondió que, respecto al Castillo de San Juan de Ulúa, la capitulación estaba en manos del general Gaona, comandante de la fortaleza, y que, como la plaza del puerto aún no había sido batida, no podía aceptar sus términos; además de que por la importancia y trascendencia que implicaba esta resolución, él no debía hacerla por su propio dictamen, sino que debía antes escuchar las opiniones de los jefes de la guarnición a quienes reunió, al tiempo que le ofreció responderle en dos horas.

Esta junta la presidió, en lugar del general Rincón, el general Antonio López de Santa Anna, con la intención de que éste reanimara el entusiasmo ya debilitado por la caída de la fortaleza. Los jefes de la plaza opinaron, en general, que era inevitable admitir las proposiciones del ejército enemigo. Acto seguido, el general Rincón despidió a las milicias auxiliares y ordenó la extracción de la plaza de alguna artillería, armamento y otros efectos nacionales para preservarlos y poder contar con ellos si continuaba la guerra, como era de esperarse.

El mal estado de la artillería, las pocas piezas que no llegaban a veinte, la diferencia de alcance en las piezas en comparación con las del enemigo, la debilidad de los baluartes, las defectuosas fortificaciones y la pérdida del castillo de Ulúa fue lo que obligó a los jefes militares José María Flores, José Cárdenas, Tomas Marín, Ramón Hernández, Cristóbal

Tamariz, Juan de Dios Arzamen, Miguel González de Catilla, Juan Nepomuceno Pérez, Ponciano de Casas, Mariano Cenobio, J. Dosamantes, Francisco Alcayaga, José F. López, Francisco Marín, José María Mora, Luis Valle, Domingo Echegaray, Mariano Jaime y Juan Estrada a firmar el convenio. Determinaron que toda resistencia por parte de la plaza sería inevitablemente inútil, puesto que ésta era mucho menor que la de San Juan de Ulúa y, por lo tanto, no podrían soportar ni dos horas de un ataque como el recibido en el castillo.

El 4 de diciembre, el general Rincón recibió un comunicado del ministro de Guerra que contenía las provisiones tomadas por el general presidente, después de los terribles hechos ocurridos en Veracruz y San Juan de Ulúa. En él se ordenaba al general Antonio Gaona trasladarse a México para que rindiera testimonio sobre su conducta ante un consejo de guerra, mientras que el general Rincón debía entregar la plaza al general de división Antonio López de Santa Anna; además, se pedía la disposición ante éste de los demás jefes militares que habían opinado a favor de la celebración de un convenio con los franceses para ser juzgados de acuerdo con las leyes.

Al amanecer del 5 de diciembre de 1838

Baudin hizo desembarcar 3 000 franceses que, protegidos por la espesa niebla que había esa mañana, avanzaron sobre suelo veracruzano. Amparados por la niebla dieron comienzo a un cruento ataque contra los mexicanos atacando tres puntos, mismos que tomaron con relativa facilidad: los bastiones de Santiago y Concepción, y al mando del príncipe Philippe Joinville,

hijo del rey, un destacamento se dirigió a la ciudad en busca de Santa Anna para hacerlo prisionero. Entre improvisadas barricadas dispararon directamente a los soldados que formaban los guardias del general mexicano, dando muerte a varios de ellos y tomando prisionero al general Arista. Al atardecer les fue ordenado retroceder, momento que Santa Anna juzgó ideal para pasar a la ofensiva con 200 hombres, a quienes ordenó atacar a bayoneta. Una biografía de Santa Anna de autor anónimo publicada en 1849, narra el ataque dirigido por Santa Anna, y muestra dos de sus más conocidas facetas: su pobre desempeño como estratega militar y su infalible sentido de la oportunidad:

Estaban ya todos embarcados [los franceses], después de haber desmantelado la plaza de Veracruz, cuando Santa Anna, para aparentar que los lanzaba de la plaza, salió con una columna de infantería y tambor batiente, para decir aquí voy, y llegó al muelle. Se infiere con bastante claridad que no había ya franceses en toda la ciudad, porque la columna que conducía Santa Anna no tiró un tiro desde un extremo a otro de Veracruz, y llegó hasta la puerta del muelle: allí estaba un cañón que fue disparado al mirar a los primeros que se asomaron a la puerta; entre los que mató e hirió, fue uno de ellos el general Santa Anna, que se asomó contra la esquina de la aduana: al foganazo escondió su cuerpo, y se *olvidó* una pierna, que fue herida de metralla.³⁰

³⁰ Antúnez, Rafael, *op.cit.*, p 56.



ENTRÉE DES TROUPES FRANCAICES. Petit.
Grabado en metal.



El puerto de Veracruz, finalmente, había caído. La defensa de 300 hombres en lo que se conocía pomposamente como la Gibraltar de América, que suponía que sólo podía ser derrotada por el hambre, como en 1825, fue probada errónea ante el cañoneo de las naves invasoras. Los 1500 hombres destacados para la defensa del puerto y los 1000 hombres con que los reforzó el general Arista probaron también ser insuficientes ante el empuje extranjero; asimismo, la inferior calidad de la pólvora y el desabasto de armas y refuerzos resultaron ser una combinación letal para las necesidades de la defensa nacional.

Convenio entre el Escmo. Sr. Contra almirante de la escuadra francesa D. Carlos Baudin, y el Ecmo. Comandante del Departamento d. Manuel Rincón.

Art. 1º. La ciudad de Veracruz no conservará más que una guarnición de 1,000 hombres. Todo lo que exceda de este número deberá salir de la ciudad en término de dos días y alejarse de ella en el de tres, a la distancia de diez leguas.

S. E. el general Rincón comandante general del Departamento de Veracruz, conservará su autoridad en la plaza, y se comprometerá bajo su honor á que la guarnición no exceda del número prefijado de 1,000, hasta que las diferencias entre México y Francia estén completamente allanadas.

Art. 2º. Tan luego como el presente convenio sea firmado por una y otra parte, el puerto de Veracruz se abrirá a todos los pabellones y se suspenderá el bloqueo por ocho meses, esperando una composición amistosa de las diferencias entre México y Francia.

Art 3º. El que mande esta plaza cuidará eficazmente de que no se ponga dificultad alguna en que las tropas francesas que ocupan el castillo de San Juan de Ulúa, puedan proveerse de víveres frescos en la ciudad.

Art. 4º. Por parte del Ecsmo. Sr. Contra almirante D. Carlos Baudin se compromete a que la fortaleza de San Juan de Ulúa será evacuada por las tropas francesas y restituida al gobierno de la república, tan luego como las diferencias actualmente con el de Francia, estén allanadas, lo mismo que todos los artículos de guerra que se reciban por los correspondientes inventarios.

Art. 5º. Los franceses que en consecuencia de las primeras hostilidades tuvieron que alejarse de Veracruz, tendrán libertad de volver a ella. Serán respetadas sus personas y propiedades, y reparados con competentes indemnizaciones cuantos daños hubieren padecido con su ausencia, de parte de la población y de las autoridades mexicanas. Las indemnizaciones debidas á dichos franceses, serán arregladas á juicio de expertos ó de los tribunales de la república.

El presente convenio está hecho en dos originales, el uno en francés para el Ecsmo. Sr. Contra almirante D. Carlos Baudin, y el otro en castellano para el Ecsmo. Sr. Comandante general D. Manuel Rincón, y después de leído, las dos partes contratantes lo firmaron.

A bordo de la fragata S. M. Nereida, a 23 de Noviembre de 1838. – Aprobado—Carlos Baudin.

Veracruz, Noviembre 23 de 1838. – Manuel Rincón.

La noticia de la capitulación del fuerte de San Juan de Ulúa produjo en todo el país la sensación de pérdida y desilusión. La idea de resistir indefinidamente en aquel punto fue ampliamente difundida, así que la exaltación provocada por la noticia hizo que algunos atribuyeran la derrota a la cobardía de los generales Gaona y Rincón; mientras otros pensaban que la razón de que el castillo hubiera caído tan rápido era resultado de la traición del jefe de la fortaleza. El Gobierno central, que no debía sorprenderse del resultado, pues conocía perfectamente la situación, participó en la opinión popular que atribuía la derrota a la falta de pericia y valor de los jefes militares y políticos de Veracruz y San Juan de Ulúa.

Por consiguiente, el mismo día 30 de noviembre en que llegaron a México aquellas funestas nuevas, contestó el gobierno al general Rincón, desaprobando el convenio que había celebrado, ordenándole que así él como el general Gaona y los demás jefes de la guarnición de Veracruz, pasaran a la capital para someterse a un consejo de guerra, y previniéndole que entregara inmediatamente el mando de las armas al general Santa Anna. El mismo día se expidieron también dos leyes, una para que se aumentara la tropa permanente a treinta y tres mil hombres de todas armas, y otra en que se declaraba solemnemente la guerra a Francia, y el 1º de diciembre se dio todavía otra ley, obligando a salir de la República, dentro de un término perentorio a todos los franceses residentes en ella, con la sola excepción de los casados con mexicana y los que estuvieran físicamente impedidos.

[...]El día 4 recibió Rincón la orden del gobierno para entregar el mando al general Santa Anna, quien se presentó allí a las once de la mañana del mismo día, habiendo sido precedido por su ayudante el capitán

D. Manuel M. Jiménez.³¹

El mismo general Santa Anna escribió en sus memorias:

Corrí frenético al lugar de combate, a cinco leguas de mi residencia. Presentado al comandante general don Manuel Rincón, mis servicios fueron aceptados. Encargado por dicho general de inspeccionar la fortaleza de Ulúa, pasé a ella al abrigo de la noche en un botecillo. Visite las baterías y los almacenes; reconocí el material de guerra y las provisiones; muy particularmente el espíritu del jefe y el de la guarnición. De todo formé el concepto más desconsolador, el general Gaona, comandante de la fortaleza, inclinábase achacando al comandante general Rincón descuido en el envío de pedidos; los jefes y oficiales no disimulaban su desaliento, exagerando la impericia de la tropa [...].³²

Cuando recibió la noticia de la capitulación, agregó:

³¹ Lerdo de Tejada, Miguel M., *Apuntes Históricas de la Heroica Ciudad de Veracruz, México (1850-1858)*, México, D.F.: Imprenta de I. Cumplido, 1858, p. 94.

³² López de Santa Anna, Antonio *Mi historia militar y política 1810-1874: memorias inéditas*, México: Librería de la vda. de Ch. Bouret, 1905, p. 47.

“Ocurrencia tan desagradable irritó al pueblo de la capital que en grandes masas se precipitó ante el Palacio del Presidente, pidiendo entonces que la defensa del Estado de Veracruz se confiara al Vencedor de Tampico. El Gobierno, obsequiando esta petición, me nombró Comandante General en relevo del general Rincón.³³

Así fue como se llegó al momento en que Santa Anna, el 4 de diciembre a la siete de la mañana, se presentó en Veracruz, mientras el general Manuel Rincón viajaba a la Ciudad de México, donde sería sometido a un juicio que él mismo había solicitado, y que provocó la publicación, en mayo de 1839, de un amplio manifiesto acompañado de los documentos oficiales: *Manifiesto que dirige a sus compatriotas el General Manuel Rincón de las injustas imputaciones que se le han hecho por los desgraciados acontecimientos de Ulúa y Veracruz*. Este libro se convirtió en la más grande acusación que podía hacerse al Gobierno mexicano de la época. El general Rincón fue absuelto de todo cargo en el fallo que pronunció el tribunal el 8 de febrero de 1840.³⁴

Una vez que Santa Anna estaba a cargo de las tropas mexicanas en Veracruz incumplió el tratado firmado por Rincón y aumentó el número de fuerzas en el puerto. En consecuencia, el 5 de diciembre los franceses atacaron el puerto y causaron fuertes estragos. En este ataque, Arista fue

³³ *Ibid.*, p. 49.

³⁴ Lerdo de Tejada, Miguel, op. cit., p. 102.

capturado por los franceses y, poco después, los invasores se retiraron hacia sus naves. Santa Anna quiso aprovechar el repliegue del enemigo, pero fue sorprendido a mitad de la acción por el ataque de los cañones franceses y cayó gravemente herido en la pierna izquierda. Las heridas fueron tan profundas que fue inevitable la amputación de la extremidad.

El 8 de diciembre, el Congreso autorizó al presidente Bustamante para dirigir al ejército en contra del invasor francés en un intento por detenerlo. Casi un mes después, el 4 de enero, el general Santa Anna se entrevistó en Manga de Clavo con el ministro inglés Richard Pakenham para establecer las bases de un arreglo con los franceses.

El 9 de enero se organizaron cuatro divisiones para enfrentar a los franceses: la vanguardia, a cargo de Santa Anna; la del centro, comandada por Felipe Codallos; la del sur, por Nicolás Bravo; y la del norte, por Vicente Filisola. El 13 del mismo mes se envió al cuartel general de Veracruz un refuerzo compuesto por 700 hombres, 5000 pesos, 3000 fusiles, 1000 uniformes y 200 cajas de parque.

El ambiente de guerra alcanzaba todo el país, pero el 23 de febrero el Congreso aprobó los nombramientos de Guadalupe Victoria y Manuel Eduardo de Gorostiza para retomar las negociaciones con los representantes del Gobierno francés, mientras que Mariano Arista, quien obtuvo su libertad a finales de enero a cambio de la promesa de no hacer la guerra a los franceses, marchó a San Luis con el regimiento de Iguala, para combatir a un grupo de rebeldes.

En este ambiente de rebeliones y levantamientos, el 6 de marzo los generales Gorostiza y Victoria, asesorados por el ministro británico Pakenham, conversaron con el contralmirante Baudin a bordo de la fragata inglesa *Madagascar*. Así, finalmente, el 9 de marzo en el puerto de Veracruz, se firmó el Tratado de Paz entre México y Francia. Los franceses entregaron el fuerte de San Juan de Ulúa, y México, por su parte, se comprometió a anular los préstamos forzosos contra ciudadanos franceses y se obligó a pagar 600 000 pesos de indemnización en materia comercial. Ambos países se concedieron el trato de nación más favorecida.

El 28 de abril se entregó al contralmirante Baudin la suma de 200 000 pesos por concepto del primer abono de indemnización. Baudin y Victoria se despidieron cordialmente.

El 29 de abril las tropas francesas se embarcaron rumbo a Europa. Sólo permaneció el capitán de navío Lainé para corroborar el cumplimiento del Tratado de Paz. Con ello se dio por concluida la primera Intervención francesa.



MARIANO ARISTA.

VIII



EL REGRESO

Para 1843, el general Rincón fue designado comandante general de México, y en 1844 estuvo entre los candidatos a la Presidencia de la República. En este año, el Senado tuvo que nombrar a José Valentín Raimundo Canalizo Bocadillo como presidente interino. Éste obtuvo el favor del Senado con 24 votos, mientras que, abajo de él, quedaron los generales Melchor Muzquiz, Tornel y Manuel Rincón, con 13 votos cada uno.

El 1° de junio la Cámara designó como gobernador constitucional de México al general Rincón. El 6 de septiembre el Senado volvió a reunirse para nombrar a un nuevo presidente interino. Rincón llegó, otra vez, a estar cerca del máximo cargo con 22 votos, pero por licencia del general Santa Anna el general Canalizo obtuvo 24.

A inicios de noviembre del año de 1844, el general Rincón fue sustituido por Mariano Salas como comandante general del Departamento de la Ciudad de México. El 7 de diciembre, debido a la ausencia del presidente Santa Anna, el Senado se vio obligado a votar por otro presidente interino.

En esta ocasión, el general José Joaquín de Herrera obtuvo 38 votos, mientras que el general Rincón obtuvo sólo uno. En mayo de 1846, al efectuarse las votaciones para presidente, fue electo el señor Mariano Paredes con 57 votos pero, una vez más, el general Rincón apareció entre los candidatos, aunque nuevamente obtuvo un voto. Esto nos indica que, aunque a la baja, Manuel Rincón fue un hombre al que siempre se le consideró entre las más altas esferas políticas de su tiempo.

El 24 de mayo de 1847 el general Rincón fue designado para tomar el mando del Ejército del centro, debido a la ausencia del general Bravo, quien se había retirado por motivos de enfermedad; sin embargo, en esta ocasión, el peroteño rechazó el cargo, manifestando que él también se encontraba enfermo, así que el puesto fue ocupado por don Manuel M. Lombardini.

IX



TEXAS: PRINCIPIO DE UNA GUERRA

Desde 1821, una vez consumada la Independencia de México, la nación enfrentó numerosos problemas inherentes a la larga serie de conflictos posteriores que ocasionaron una gran inestabilidad política y económica en el país. Entre ellos estaba la situación de Texas, un estado que buscaba su soberanía y la erradicación de la corrupción y la violencia imperante en el Gobierno central. Esta decisión trajo graves consecuencias y modificó la relación que se tenía con Estados Unidos. Los colonos establecidos en Texas, muchos de ellos de origen norteamericano, se habían establecido en dicho territorio a partir de 1821, y tenían en Stephen Austin a su líder más combativo. Austin había conseguido la aprobación de Iturbide para repoblar la región con más de 300 familias provenientes del norte. Los colonos recibieron grandes extensiones de tierra que explotaron usando a los nativos como mano de obra esclava. Al abolirse la esclavitud en México, la forma de producción y de vida de estos colonos se vio seriamente amenazada, por lo que aprovecharon un incidente baladí: un soldado dio muerte a un colono. Esto fue

pretexto para lanzar una consulta en favor de la independencia de México. La victoria se impuso de manera rotunda y crearon un gobierno provisional que, entre sus primeras medidas, desconoció la autoridad del Ayuntamiento de la Ciudad de México. La suerte de esta tierra estaba echada. En su declaración de independencia, publicada el 2 de marzo de 1836, expusieron, entre otras cosas, lo siguiente:

Quando un gobierno ha cesado de proteger la vida, la libertad y las propiedades del pueblo, cuyos poderes legítimos ha recibido y para cuya felicidad ha sido instituido; quando estos poderes, lejos de ser una garantía para el goce de sus derechos inenajenables e imprescriptibles, se vuelven por el contrario, en manos de las autoridades en un instrumento de tiranía y de opresión; quando la constitución federal y republicana del país que estas mismas autoridades han jurado sostener, no tienen ya una existencia vital, habiendo sido aniquilada por la violencia, y sin el consentimiento de los Estados soberanos, para dar lugar a un despotismo central y militar, a consecuencia del cual se desconocen los intereses generales, a excepción únicamente de los del ejército y los del clero, enemigos eternos de la libertad civil, a la vez que satélites e instrumentos habituales de la tiranía; quando después que la constitución ha sido hollada, y que ni la moderación ni las representaciones por nuestra parte han podido obtener otro resultado que la prisión de los ciudadanos encargados de hacer valer nuestros derechos cerca del gobierno general, vemos invadir nuestro territorio a ejércitos mercenarios para

forzarnos a aceptar el gobierno de las bayonetas; cuando en fin, en consecuencia de tales actos de dignidad, vemos desaparecer el antiguo sistema republicano, prevalecer la monarquía y destruirse la sociedad civil en sus elementos primitivos, en una semejante crisis, la primera ley de la naturaleza, el derecho de la conservación natural nos impone el deber de defender nuestros primeros principios políticos y de tomar sobre nosotros mismos el cuidado de gobernarnos en nuestros propios negocios. Impelidos, pues, como por una obligación sagrada hacia nosotros y hacia nuestra posteridad, hemos emprendido derribar el gobierno que se nos quiere imponer, y crear otro, calculado de modo que pueda salvarnos de todo riesgo futuro, y asegurar nuestra felicidad y nuestra prosperidad venidera.

Las naciones como los individuos son responsables de sus actos ante la opinión del género humano: convencidos de esta verdad, vamos a someter al juicio del mundo imparcial una parte de nuestros asuntos y nuestras quejas; vamos a procurar justificar la marcha peligrosa pero inevitable que vamos a emprender, al romper los lazos políticos que nos unían al pueblo mexicano, y la actitud independiente que emprendemos tomar entre las naciones del globo.³⁵

35 Villegas Moreno, Gloria, y Miguel Ángel Porrúa Venero (Coords.), *Enciclopedia Parlamentaria de México*, serie III, vol. 1, t. 1, prólogo de Margarita Moreno Bonett, México, D.F.: Instituto de Investigaciones Legislativas de la Cámara de Diputados, LVI Legislatura, 1997, pp. 79-80.



JOSÉ J. HERRERA, presidente de México.

Texas pasó a ser parte de Estados Unidos en diciembre de 1845. Su anexión provocó una ruptura inmediata entre ese país y México. Norteamérica reclamó Texas como parte de su territorio, sin perjuicio de su independencia que había sido reconocida tanto por su mismo Estado como por Inglaterra, Francia y otros Gobiernos. Cuando el Congreso norteamericano aprobó la resolución conjunta de la anexión de Texas a Estados Unidos, el general Almonte, ministro mexicano en Washington, protestó contra la medida y pidió su pasaporte. El 18 de mayo el Congreso de Texas aprobó su anexión a Estados Unidos.

El 4 de junio el presidente de México José Joaquín de Herrera emitió una proclama que declaraba el derecho de México al territorio de Texas y su determinación de defenderlo por las armas, en caso de que fuera necesario.³⁶ Pero existía otro motivo de gran controversia entre Estados Unidos y México: éste fue un vecino injusto y perjudicial desde que se estableció el Gobierno republicano en 1824, quien no dudó en reponer sus arcas empobrecidas por la guerra civil, mediante la confiscación de las propiedades de comerciantes norteamericanos dentro de sus fronteras. Las protestas del Gobierno de Estados Unidos habían sido vanas. No fue hasta 1831 que se logró hacer un tratado y promesas de reparación, aunque éstas, en realidad, nunca fueron cumplidas y los robos continuaron. Para 1840, el valor agregado de los

³⁶ Guerrero Flores, David y Emma Paula Ruiz Ham *El país en formación. Cronología (1821-1854)*, México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2011, p. 198.

bienes pertenecientes a los estadounidenses que habían sido apropiados por los mexicanos ascendía a más de seis millones. La reclamación de tal cantidad fue satisfecha cuando se llevó a cabo la anexión de Texas en 1845. La frontera sur reconocida en la anexión fue el río Nueces. Esto provocó una mayor tensión entre los dos países y se agravó con la reclamación del pago de la supuesta deuda mexicana a los colonos, a condición de que México permitiera la compra de los territorios de la Alta California y Nuevo México.

X



LA OCUPACIÓN DE MÉXICO

En enero de 1846 el presidente estadounidense James K. Polk ordenó al general Zachary Taylor avanzar hasta las orillas del Río Grande. Las fuerzas norteamericanas se establecieron en Corpus Christi y poco tiempo después marcharon hacia el Río Bravo. En marzo de 1846 Taylor tomó el camino de Matamoros, en donde el 25 de abril de 1846 la caballería mexicana, al mando del general Anastasio Torrejón, derrotó una fuerza norteamericana que estaba bajo las órdenes del capitán Thornton. Al mes siguiente, el día 13, el Congreso norteamericano declaró formalmente la guerra a México.

La distribución de las fuerzas norteamericanas fueron las siguientes: Taylor por el noreste; Kearney ocupó Nuevo México y California. Scott inició una penetración cuya base fue el puerto de Veracruz y, por el lado del Océano Pacífico, estaba el comodoro John D. Sloat, quien con anterioridad ya había tomado posiciones. El 24 de junio, el comodoro John D. Sloat, comandante de la Escuadra del Pacífico, recibió órdenes del Gobierno norteamericano para ocupar el puerto de San Francisco, California, y bloquear la costa, en caso de que estallara la guerra con México.

El 11 de julio a la flota del comodoro Conner se sumaron las corbetas *Saratoga* y *St. Mary's*, así como el bergantín *Porpoise*. Se esperaba el arribo de la corbeta *John Adams* y los vapores *Mississippi* y *Princeton*.

En México, el 14 de septiembre, como resultado de los comicios, se declaró presidente de la República a José Joaquín de Herrera.³⁷ Esta elección, quizá, puso en evidencia lo muy encendidos que estaban los ánimos. La estrategia de Herrera para hacer frente a la invasión fue enviar al general Ampudia, con una gran fuerza, para conducir a los estadounidenses más allá del río Nueces. Éste solicitó al general Taylor, el 12 de abril, la retirada de sus tropas en un plazo de 24 horas. El norteamericano se negó y continuó fortaleciendo el Fuerte Brown. Mientras tanto, el general Arista fue nombrado en lugar de Ampudia como comandante en jefe de la División del Norte del Ejército de México, que, además, fue fuertemente reforzada; así la posición del ejército de ocupación se tornó crítica. Los pelotones mexicanos armados pronto consiguieron controlar el territorio entre Point Isabel y Fort Brown y cortaron toda la intercomunicación. El 25 de abril, al norte del río Bravo, en el rancho Carricitos, las fuerzas de Anastasio Torrejón sorprendieron y derrotaron a una partida al mando del capitán norteamericano Seth Thornton, enviado por el general Taylor para vigilar los movimientos del Ejército mexicano.

El 30 de abril, a las órdenes del general Pedro Ampudia, una parte de la infantería mexicana atravesó el río Bravo por

³⁷ *Ibid.*, p 198.

el paso de Longoreño, cerca de Matamoros, Tamaulipas. Al día siguiente, lo hizo la infantería restante, bajo la dirección de Mariano Arista.

Una vez que el general Taylor completó su fortaleza, salió en socorro de *Point Isabel*, que era amenazado por una fuerza mexicana de 1 500 hombres. Este avance de Taylor desde el Río Grande ofendió a los mexicanos, provocando que el 3 de mayo las fuerzas del general Ampudia, compuestas por el 4º batallón de infantería, el batallón de Puebla, dos compañías de zapadores, 200 auxiliares de las Villas del Norte, el batallón de Morelia y cuatro piezas de artillería, atacaran el Fuerte Brown, en Texas.

El ambiente en el Ejército estadounidense no era de lo mejor y pronto comenzó a sufrir de un gran número de desertiones, hasta el punto en que se vieron obligados a ofrecer recompensas por la captura de los más de 1 000 soldados evadidos, en su mayoría hijos de inmigrantes, quienes por los malos tratos recibidos prefirieron luchar del lado de las filas mexicanas.

Entre estos desertores se encontraba un irlandés llamado John Railey, quien un mes antes de la guerra había organizado una compañía con 48 de sus compatriotas, que para agosto ya sumaba 200 hombres. Railey cambió el nombre de su batallón, conocido como La Legión de Extranjeros, por el de batallón de San Patricio, y en el estandarte que portaba se leía la leyenda “Viva la República de México”.

Al mismo tiempo que se iniciaba la guerra, muchos irlandeses estaban inmigrando a Estados Unidos debido a las duras condiciones de sobrevivencia y a la hambruna que

vivía Irlanda en 1845.³⁸ Miles de ellos se unieron al Ejército estadounidense en ciudades como Nueva York y Boston, con la esperanza de recibir un salario y la ciudadanía norteamericana. La mayoría de ellos eran católicos y desaprobaban las prácticas colonialistas de los ingleses. Por su parte, el Ejército norteamericano fue, en ese momento, muy poco tolerante tanto con los irlandeses como con los católicos. Los irlandeses eran vistos como perezosos e ignorantes, mientras tenían la idea de que los católicos eran tontos que se dejaban dominar por un papa lejano.

Estos prejuicios hicieron la vida muy difícil para los irlandeses en la sociedad estadounidense, en general y en particular en el ejército, donde no tuvieron ninguna consideración y fueron tratados por sus nuevos compatriotas igual que lo habían sido por los ingleses. Los soldados irlandeses debían hacer el trabajo sucio y sus posibilidades de promoción eran prácticamente nulas. Al comienzo de la guerra no se les otorgó la oportunidad de asistir a los servicios religiosos católicos, por el contrario, se les obligó a asistir a los servicios protestantes en los que, además, eran atacados. Encima de ello, sufrieron castigos graves por infracciones tales como beber y portar indebidamente el uniforme (estas faltas eran toleradas casi su totalidad en soldados no irlandeses). Además, fueron testigos de la profanación de las iglesias católicas en Texas, el territorio en disputa.

³⁸ Wynn, Dennis J., "The San Patricios and the United States-Mexican War of 1846-1848", Tesis, Loyola University of Chicago, E. U, mayo de 1982, p. 62.

En general, las condiciones fueron muy severas para la mayoría de los soldados católicos, incluso los no irlandeses, que en su mayoría abandonaron el Ejército americano desde antes de la guerra.³⁹

En este ambiente, la perspectiva de luchar por México, un país completamente católico, en lugar de Estados Unidos, tenía un cierto atractivo para muchos de los soldados. El general Santa Anna, enterado de la situación, alentó activamente las deserciones. Ofreció tierras y dinero para cualquier persona que desertara y se uniera al ejército nacional, mediante una invitación que hizo a través de volantes impresos en inglés, francés y alemán, a los católicos irlandeses y del resto de Europa.⁴⁰

En México, a los desertores irlandeses se les trató como héroes y se les ofreció la oportunidad de ganar promociones que les negaba el Ejército norteamericano. Muchos de ellos sentían una mayor conexión con México (un país católico al igual que Irlanda), y la petición de la defensa de la patria contra los invasores ya la habían escuchado anteriormente en su país, lo que hizo que simpatizaran con la causa mexicana, donde simples granjeros eran atacados por su tierra. La decisión, obvio es decirlo, no fue fácil, pues no sólo implicaba desertar,

³⁹ John Miller, en su libro *Shamrock and Sword*, indica que la tasa de desertión de las fuerzas estadounidenses fue la más alta durante este conflicto, en comparación con otras guerras. Según Miller, la tasa fue del 8.3 %, frente al 5.3 % para la Segunda Guerra Mundial, y el 4.1 % para la guerra de Vietnam. Todas las otras guerras en las que los estadounidenses participaron fue de menos del 2 %. Stevens, Peter F., *The Rogue's March, The Saint Patrick's Battalion*, E.U.: Potomac Books, 1999, p 174.

⁴⁰ Wynn, Dennis J., *op.cit.*, pp. 97-98.

sino también combatir a un enemigo más numeroso y que contaba con mejor armamento. Esto acrecentó la importancia de su decisión pues conllevaba, más que una búsqueda de fortuna o de triunfo, la defensa de una idea de justicia, muy distinta a la que movía a las fuerzas norteamericanas.

El general Taylor cruzó el Río Grande y condujo sus hombres hasta Matamoros, donde tomó posesión de la ciudad el 18 de mayo. Permaneció allí hasta agosto, cuando recibió los refuerzos y las órdenes de su Gobierno. Después, con más de 6 000 efectivos, se dirigió a Monterrey, que era defendida por el general Ampudia, con más de 9 000 soldados. La lucha por Monterrey comenzó en septiembre 21 y terminó con la toma de la plaza el día 24. Taylor acordó un armisticio en esa ciudad, en donde dejó al general Butler al mando, y marchó en dirección a Ciudad Victoria, la capital de Tamaulipas, con la intención de atacar Tampico, en la costa. Mientras tanto, el general Worth, con 900 hombres, tomó el control de Saltillo el 15 de noviembre.

XII



EL BATALLÓN DE SAN PATRICIO

Dada lo singular de su actuación, el accionar de los hombres agrupados bajo el estandarte de San Patricio merece, así sea en forma tan breve como lo hacemos aquí, un capítulo aparte.

México había reclutado históricamente extranjeros para combatir en sus filas desde la guerra de Independencia. Para el país esto no era algo nuevo, era parte de sus tácticas de guerra. Los extranjeros continuamente fueron bien recibidos en las filas del Ejército mexicano, y para el momento de la guerra entre Estados Unidos y México, 16 extranjeros habían alcanzado el rango de general en las tropas mexicanas, mientras otros eran ocupados en diversas actividades según sus capacidades.

Algunos de los irlandeses que habían desertado antes de la declaración real de la guerra se integraron rápidamente al Ejército mexicano, en donde fueron asignados a la “Legión de extranjeros”; después de la batalla de Resaca de la Palma, fueron organizados en el batallón de San Patricio. Ésta era una unidad del ejército compuesta por

los católicos extranjeros, en su mayoría irlandeses, con un buen número de católicos alemanes y de otras nacionalidades, incluyendo algunos españoles que vivían en México desde antes de que estallara la guerra.

Santa Anna, usando los poderes de guerra conferidos a él por el Congreso mexicano, decretó que se integraran dos compañías de infantería. Estas dos compañías formaron el batallón de San Patricio. La bandera que los representaba era de color verde brillante y tenía dos símbolos: una arpa irlandesa, en la que se leía *Erin va Bragh* (Irlanda para siempre), y el escudo de armas mexicano con las palabras “Libertad Por la República Mexicana”. En la otra cara, el estandarte tenía una imagen de San Patricio y se leía: “San Patricio”.

Esta legión extranjera, o los san patricios, como se les comenzó a llamar, primero vieron acción como una unidad del Ejército mexicano, en la batalla de Monterrey. Muchos de los desertores tenían experiencia en los cuerpos de artillería, por lo que fueron asignados como una unidad de élite para resguardar la Ciudadela, una fortaleza que bloqueaba la entrada a la ciudad. Pero el general estadounidense Zachary Taylor envió sus fuerzas alrededor de la defensa y atacó la ciudad por los flancos, así que la actuación de los defensores de la fortaleza, contra las tropas estadounidenses, fue realmente irrelevante para defenderla.

El 23 de febrero de 1847 el general Santa Anna, con la esperanza de acabar con el ejército invasor, atacó las

fuerzas del general Taylor en la batalla de Buena Vista, donde los san patricios jugaron un papel importante. Fueron estacionados en una meseta donde el principal ataque mexicano se llevó a cabo. Allí lucharon con distinción. Se destacaron en el apoyo a un avance de la infantería al verter fuego de cañón contra las filas estadounidenses y jugaron un papel decisivo en la captura de algunos cañones norteamericanos. A la postre, esta fue una de las pocas buenas noticias para los mexicanos en esa batalla.

Taylor, al comprobar que Tampico se había rendido el 14 de noviembre y que Santa Anna estaba reuniendo una gran fuerza en San Luis Potosí, regresó a Monterrey para reforzar al general Worth, en Saltillo. Fue entonces que el general Taylor recibió órdenes del general Scott, en Veracruz, de actuar sólo a la defensiva. Esta fue una dura prueba para Taylor, así que con una fuerza total de 5 000 se dirigió a San Luis Potosí, donde el general Santa Anna había reunido un ejército de 20 000 hombres. El 4 de febrero de 1847, en la carretera de San Luis, decidió enfrentar a los mexicanos que se acercaban. Los estadounidenses se replegaron a Buena Vista, a 11 kilómetros de Saltillo, y acamparon en un estrecho desfiladero, donde se llevó a cabo una severa batalla en la que resultaron victoriosos los norteamericanos.

La conquista del norte de México había terminado y el general Scott estaba en marcha hacia la capital. Desembarcó en Veracruz el 9 de marzo, con un ejército de 13 000 hombres y tomó posesión de la ciudad dos días después.

El 8 de abril inició el avance de su ejército, bajo el mando del general Twiggs, quien dirigió la marcha hacia la capital a través de Xalapa. Santa Anna había avanzado con 12 000 hombres para encontrarse con los invasores, y había hecho preparativos de defensa en Cerro Gordo, a pesar de las objeciones del general Valentín Canalizo y del comandante de ingenieros Manuel Robles, quienes le aconsejaron situar el escenario de batalla en Corral Falso, a los pies de la Cordillera Oriental. Scott y Twiggs avanzaron con el resto de su ejército.



Estandarte del batallón de San Patricio.



BATALLA EN VERACRUZ. Anónimo.
Litografía.

XIII



LA BATALLA DE CERRO GORDO

Después de la batalla de Buena Vista, los estadounidenses y los mexicanos volvieron su atención al Golfo de México, donde el general Winfield Scott desembarcó sus tropas en Veracruz y comenzó su marcha hacia la Ciudad de México. El general Santa Anna salió inmediatamente a su encuentro. Las fuerzas norteamericanas al mando de Scott contaban con un número de 8 500 hombres, sumando las reservas, mientras que las fuerzas mexicanas eran de 9 000, según unos autores, y 12 000, según otros. Esto hubiera hecho muy difícil el avance invasor, de no ser por la pésima estrategia seguida por Santa Anna. Para darnos una idea de ella bastaría con comparar las bajas norteamericanas, que sumaron 431 hombres, entre muertos y heridos, con las mexicanas, que se estimaron entre 1 000 y 1 200, entre muertos y heridos.

Los ejércitos se encontraron en la batalla de Cerro Gordo, donde los san patricios participaron en una de las baterías delanteras aunque, al final de la batalla, el Ejército mexicano se vio obligado a retirarse. José María Roa Bárcenas describe de manera notable los hechos:

Al amanecer del día 18, el estruendo del cañón enemigo resonó en aquellos campos como anuncio solamente de la batalla[...]El enemigo arrojaba sin cesar granadas, cohetes y toda clase de proyectiles que caían sobre el cerro, sobre el camino y aún más allá de nuestro campo[...] Sobre la cumbre del cerro, se veía entonces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo, como la erupción violenta de un volcán, arrojando lava y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie. Entre el humo y el fuego sobre la faja azul que formaban los americanos alrededor de la cima del Telégrafo, flameaba aún nuestro pabellón abandonado. Pero bien pronto en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellón de las estrellas, y por un instante flotaron entre ambos confundidos, cayendo por fin el nuestro desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grito confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana[...] El general Santa Anna, acompañado de algunos de sus ayudantes, se dirigía por el camino a la izquierda de la batería cuando saliendo ya del bosque la columna enemiga le impidió absolutamente el paso con una descarga que le obligó a retroceder. El coche del mismo general, que salía para Jalapa, fue acribillado a balazos, muertas las mulas, y hecho presa del enemigo, así como un carro en el que había

diez y seis mil pesos recibidos el día anterior, para el socorro de las tropas[...] ¡Cerro Gordo se había perdido![...] ¡México quedaba abierto a la iniquidad del invasor!⁴¹

Entre las funestas consecuencias que trajo la pérdida de esta batalla, podemos contar que ese mismo día se evacuó la fortaleza de Perote, la cual ocupó el general Worth y su división el 22 de abril. Asimismo, Patterson y Twiggs ocuparon Xalapa el día tres días antes. Por si fuera poco, esto facilitó a los norteamericanos la ocupación de Puebla, de donde pasaron directamente a la Ciudad de México.

El Ejército mexicano se dispersó y huyó rumbo a Xalapa, donde los invasores llegaron el día 19 de abril. Para el 22, la bandera de Estados Unidos fue desplegada sobre el Castillo de Perote, a 40 kilómetros de Xalapa. Esta era considerada la fortaleza más fuerte en México, después de Veracruz, y se entregó sin resistencia. En esa batalla, las fuerzas nacionales perdieron 54 piezas de artillería, algunos morteros y una gran cantidad de municiones.

El ejército invasor continuó su marcha y entró en la ciudad fortificada de Puebla, que entonces tenía 80 000 habitantes, el 15 de mayo. En esa ciudad, el ejército descansó hasta el mes de agosto. Después, el general Scott inició la marcha en dirección a la capital hasta que se aproximó a la fortaleza de Contreras, frente a la ciudad.

⁴¹ Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la Invasión Norte-Americana: 1846-1848, por un joven de entonces*, México, D.F.: Librería Madrileña de Juan Buxó y Cía., 1883, p. 79.

La fuerza invasora norteamericana comenzó a acercarse a la Ciudad de México y el 10 de agosto, a las 12 del día, salió para situar la defensa de la ciudad la brigada de la guardia nacional del Distrito Federal, formada por los batallones Hidalgo, Victoria, Bravo y otros, quienes se ubicaron en el Peñón Viejo, llevando a la cabeza a los generales Félix Galindo y don Eduardo Gorostiza. En ese lugar llegaron para ofrecer sus servicios el general Manuel Rincón, don José Joaquín de Herrera y don Nicolás Bravo, quienes fueron empleados inmediatamente. A Manuel Rincón le fue encomendado el mando de las principales fortificaciones del sur del peñón:

“Parecía que la victoria protegería a nuestras armas, cuando se veían personas como el señor don José Ramón Malo dormir al vivac, haciendo sus centinelas en los puestos avanzados, y al ver que nuestras legiones estaban presididas por los generales más afamados como Santa Anna, Herrera, Bravo, Valencia, Álvarez y Rincón.”⁴²

El avance del Ejército estadounidense de los días 16 y 17 de agosto indicaba que se dirigían hacia el sur. El día 17 avanzaron en dirección a Tlalpan, evitando un ataque al peñón, que estaba fuertemente defendido.

El general Scott decidió no atacar la fortaleza. En lugar de eso, preparó a sus hombres para asaltar la ciudad desde el sur. Mientras tanto, el general Santa Anna estableció sus

.....
⁴² *Apud*. Rivera, Cambas, Manuel, *op. cit.*, p. 260.



BATALLA DE CERRO GORDO. Carlos Nebel. Litografía.



defensas en y alrededor de la ciudad. Envío al general Gabriel Valencia y a 7 000 hombres a San Ángel para anclar el extremo occidental de la línea defensiva. El general Valencia, quien tenía aspiraciones políticas y detestaba a Santa Anna, en lugar de obedecer sus órdenes tomó una posición cerca del pueblo de Contreras, un poco lejos de los posibles refuerzos. Al ver esto, el general Persifor Smith atacó a Valencia en la madrugada del 20 de agosto. El ataque fue un éxito para los norteamericanos; los soldados mexicanos fueron derrotados en menos de 20 minutos, haciendo que toda la línea defensiva mexicana se colapsara.

Durante este conflicto, a pesar de la fuerte resistencia nacional, el Ejército estadounidense logró avanzar hacia la capital. Tras derrotar al general Valencia, se dirigió hacia la Calzada de Tlalpan para entrar a la Ciudad de México. Para esto los invasores deberían cruzar el puente de Churubusco, que se encontraba resguardado por tropas de la guardia nacional capitalina, voluntarios civiles, soldados del Ejército mexicano de los batallones Independencia y Bravos, además de varios batallones aliados como el de San Patricio. Este último fue dividido y enviado a defender uno de los accesos a la Ciudad de México. Algunos estaban estacionados en unas de las obras de defensa en un extremo de una calzada a la Ciudad de México, otros más fueron destacados en el convento de Churubusco. Cuando los estadounidenses atacaron el 20 de agosto de 1847, los san patricios lucharon con todas sus fuerzas. En el convento, ante el empuje superior del enemigo, los soldados mexicanos en tres ocasiones trataron de

levantar una bandera blanca, y cada vez los san patricios se encargaron de bajarla, seguramente porque sabían que si eran capturados vivos serían ejecutados bajo el cargo de traición. Sólo se rindieron cuando se quedaron sin municiones. La mayoría de los san patricios fueron asesinados o capturados en esta batalla, algunos escaparon a la Ciudad de México, pero no los suficientes como para formar otra unidad del ejército.

En la defensa del convento y puente de Churubusco se dieron varios de los más sangrientos enfrentamientos entre las fuerzas de México y Estados Unidos. La defensa estuvo a cargo de los generales Pedro María Anaya y Manuel Rincón, quienes tenían la encomienda de defender la entrada a la ciudad.

Churubusco era un pequeño pueblo a 10 kilómetros al sur de la Ciudad de México, y se conectaba con ella por una amplia calzada. A la entrada de la calzada, cerca del pueblo, se erigió un reducto fuertemente guarnecido. Esto fue en frente del puente sobre el río Churubusco. El convento, la iglesia de San Pablo, con sus paredes de piedra maciza, fue convertido en una fortaleza. Los muros exteriores fueron perforados para asomar los cañones lo suficientemente alto como para hacer sentir el fuego sobre el enemigo que se acercaba.

Para defender el puente, colocaron una batería de cinco piezas en la cabeza, protegida por las compañías de San Patricio y el batallón de Tlapa. En la calzada de San Antonio dejaron la mayor parte del parque que había procurado salvar el general Alcorta. Las fuerzas enemigas avanzaron en columna hasta muy cerca, tanto que la artillería e infantería nacionales las despedazaron, las hicieron vacilar y se hizo general

el combate. Fue entonces cuando el coronel Gayoso, del 1º Ligero, mandó a tocar una alegre diana e inmediatamente después cayó herido.⁴³

Alrededor de las siete de la mañana, cuando percibieron que el tiroteo lejano sobre las lomas de Padierma se había suspendido, empezaron a correr las voces desconsoladoras que confirmaban la derrota; sin embargo, las tropas de Churubusco se mantuvieron en su lugar. El general Tornel, contraamaestre del ejército, había mandado a comunicar que el batallón comandado por Valencia había sido derrotado y que las tropas enemigas avanzaban sobre la capital. Entonces, empezaron a pasar, por entre las fortificaciones de Churubusco, las tropas en retirada por disposición del general en jefe. El general Santa Anna se presentó poco después y dirigió la palabra a los generales Rincón y Anaya, para hacer la más severa crítica a la conducta del general Valencia, a quien inculpó por el desastre que acababa de ocurrir. Les manifestó que había mandado a fusilarlo, donde fuera que se le encontrase, en castigo de sus faltas. Poco después, corroboró la noticia de que el enemigo venía sobre su retaguardia y, tras recomendar que se hiciera en Churubusco una defensa vigorosa, se retiró.

Todas las tiendas y artillería salvadas del naufragio de Contreras fueron recogidas en Churubusco. Las tropas continuaron también su marcha. Los defensores de Churubusco se

⁴³ Carmona, Doralicia, *Memoria Política de México: 1492-2000* [DVD], México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Políticos, A.C., 2007.

sentían destinados al sacrificio para la salvación de los demás; vieron pasar a más de 5 000 soldados, a quienes se les retiró sin combatir, mientras unos 650 paisanos, mal armados, recibirían todo el empuje de las fuerzas de Estados Unidos.

Al amanecer, el día 20, no había en Churubusco un sólo artillero, ni una sola pieza de artillería para contener al enemigo; pero, afortunadamente, al retirarse el general Santa Anna, éste dio la orden de que se quedaran allí cinco de las piezas que llevaban sus tropas, con lo que se pudo hacer una mejor resistencia. Los defensores de Churubusco esperaban sobre las armas que se acercaran los enemigos. El Ejército norteamericano avanzó sobre el convento, del que creyeron que se apoderarían fácilmente, pues habían llegado hasta allí sin mucha resistencia; además, confirmaba esta creencia la circunstancia de que no se abría sobre ellos el fuego, a pesar de se hallaban ya a tiro de fusil de las fortificaciones. Pero esto se debía a una orden expresa de los generales Rincón y Anaya quienes, para no gastar pólvora en balde, habían dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran a una distancia muy corta.

Una división del ejército invasor, al mando del general David Twiggs, abrió fuego contra el convento a las 11 de la mañana. Las tropas defensoras agotaron sus reservas de municiones e intentaron usar las que Santa Anna había dejado pero fue inútil, pues éstas eran de muy diferente calibre y resultaron inservibles.

Cuando los mexicanos iniciaron el fuego, obligaron a las filas norteamericanas a detenerse por un momento; no obstante, muy pronto reanudaron su avance. Dirigieron

sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra más considerable, sobre el costado derecho. Se inició un reñido combate, hasta que los enemigos comenzaron a retroceder.

Al principio del ataque hubo alguna confusión en las filas del batallón Bravos, ocasionada por las bajas provocadas por el fuego que recibían de sus compañeros del batallón Independencia. La mayor parte de este cuerpo cubría la azotea del convento y las punterías bajas de los tiradores dañaban a los que defendían el parapeto, hasta que el general Rincón mandó bajar de la altura a los tiradores situados allí y se incorporaron al resto de su batallón.

La división americana del general Twiggs, que había iniciado el ataque, acababa de ser rechazada, pero de inmediato recibió la llegada de tropas que apresuradamente acudían en su auxilio, provocando que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate.

El general Rincón había previsto desde el principio este inconveniente, por lo que estuvo mandando a los dos ayudantes que permanecieron a su lado, aun a los extraños que se presentaban a pedir municiones al general Santa Anna. Éste envió de refuerzos unos piquetes de Tlapa y Lagos y el resto del batallón de San Patricio,⁴⁴ que estaban dedicados a la defensa en un extremo de una calzada a la Ciudad de México, además de un carro de parque, que resultó para fusiles de

⁴⁴ En reconocimiento a estos bravos irlandeses se colocó una placa en su memoria en la plaza de San Jacinto en San Ángel, y el 28 de octubre de 1999 se inscribió con letras de oro en el Muro de Honor de la Cámara de Diputados: “Defensores de la Patria 1846-1848 y Batallón de San Patricio”.

diferente calibre: “así es que la desesperación de los soldados llegó a su colmo, cuando con la esperanza de mantener el combate, y aun de triunfar, se arrojaron a los cajones de parque, y despedazándolos con las manos, llevaban los cartuchos al cañón, que desgraciadamente era muy estrecho para contenerlos [...]”;⁴⁵ además, el general Santa Anna les comunicó que ya había enviado cuanto tenía y que se defendieran de la mejor manera posible.

En el convento de Churubusco el fuego nacional fue disminuyendo hasta que finalmente cesó. Dejó un saldo de 136 muertos y 99 heridos, entre quienes se encontraban casi todos los artilleros. Después de rechazar la última carga del enemigo a fuerza de bayoneta, las fuerzas nacionales se vieron obligadas a replegarse al interior del inmueble. La tropa mantuvo el orden, mientras los oficiales se mantuvieron firmes en sus puestos y resueltos a sufrir el destino que les tocara, antes que someterse a cualquier capitulación.

En los momentos más empeñados de la lucha, el general Anaya subió a la explanada a caballo, mandó cargar una pieza a metralla, y apeándose luego, dirigió personalmente la puntería. Las chispas del lanza-fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron el parque, abrasando a cuatro o cinco artilleros, al capitán O’Leary que la servía, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, menos el

⁴⁵ Alcaraz, Ramón, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos (1848)*, México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1982, p. 254.

general, quien a pesar de haber permanecido ciego por algún tiempo, no abandonó el campo de batalla. Durante toda la acción, se le veía siempre en el peligro, lo mismo que al sereno general Rincón, recorriendo el uno toda nuestra línea para alentar al soldado con su presencia, y fijo el otro en un lugar, para dictar sus disposiciones como jefe.⁴⁶

La acción había durado tres horas y media; las municiones estaban ya casi completamente agotadas y los respectivos jefes de los cuerpos urgían inútilmente por parque al general Rincón.

Al escasear el parque, el tiroteo comenzó a apagarse más y más, hasta que por fin se agotó. El enemigo se sorprendió con aquel silencio repentino y, temeroso de que fuera una estrategia de guerra, tardó algunos minutos en decidirse a avanzar sobre el parapeto. Los generales Rincón y Anaya, agobiados de tristeza y desesperación, al ver que no les quedaba arbitrio para prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara al interior del convento. El primer enemigo que se presentó sobre el parapeto fue el capitán americano Smith, del 3º de línea quien, apenas se cercioró de que ya por parte de los mexicanos no se hacía resistencia, enarboló bandera blanca e impidió que la turba que lo acompañaba aliviara su furor en los vencidos.

Santa Anna huyó hacia la capital dejando atrás a un Ejército mexicano de 30 000 elementos, que en un sólo día había disminuido un tercio de su fuerza, con la pérdida de un

⁴⁶ *Ibid.*, p. 260.



PATIO DEL CONVENTO DE CHURUBUSCO, 1905.
Gonzalo Argüelles Bringas. Óleo sobre tela.

número indeterminado de muertos, 4 000 heridos, 3 000 prisioneros y 37 piezas de artillería mexicana. Las bajas del ejército enemigo fue mucho menor: 1 100, entre muertos y heridos.

Los invasores norteamericanos tomaron inmediatamente cientos de prisioneros mexicanos e irlandeses pertenecientes al batallón de San Patricio. Este grupo de irlandeses había participado heroicamente en las batallas de La Angostura y Padierna, bajo el mando del general Gabriel Valencia y también en la defensa de Churubusco. De sus 260 integrantes murieron casi todos, la mayoría de los últimos 72 que quedaron fueron condenados a muerte por traidores y ejecutados entre el 9 y el 13 de septiembre en San Ángel, Mixcoac y Tacubaya. Su capitán, John O’Riley, quien se había salvado, fue degradado y azotado. Por desertor, en su cara le marcaron la letra “D” con hierro candente y lo condenaron a ver ahorcar a sus hombres. No se volvió a saber de él.

A los san patricios que no fueron ahorcados se les arrojó en calabozos durante las negociaciones posguerra, después de lo cual fueron liberados. El Gobierno de México calificó los castigos de un acto de barbarie impropia en una época civilizada. En virtud de los términos del Tratado de Guadalupe Hidalgo, los presos en San Patricio tenían que quedarse en el país. México había insistido en esta cláusula durante las negociaciones; así que al final del conflicto los 16 presos, entre ellos, John O’Riley, fueron liberados. Tenían la cabeza rapada y los botones de los uniformes arrancados.

Cuando los san patricios salieron de la cárcel se reincorporaron al Ejército mexicano y continuaron trabajando como una unidad durante casi un año, después de que los estadounidenses se retiraron de México. Riley fue nombrado comandante de dos compañías de infantería con el grado honorario de teniente coronel. Una de estas unidades tuvo la tarea de montar guardia en la Ciudad de México, mientras que la otra permaneció estacionada en las afueras de Guadalupe Hidalgo. A finales de 1850, 20 de los san patricios regresaron a Irlanda, en virtud del acuerdo que México había hecho con ellos cuando se alistaron, para ayudarles a volver si optaran por así hacerlo. Riley no estaba entre ellos.



COMBATE DE CHOLULA 22 DE MARZO.
S. Durand / L. Dumont.
Grabado en metal coloreado.

XIV



LA VERSIÓN DE RINCÓN

Mucho se ha escrito y comentado sobre la actuación de Santa Anna y del general Rincón en la batalla de Churubusco. Muchas veces, también se le ha acusado de ser el responsable de la derrota. Por fortuna, además del testimonio del propio Rincón, contamos con partes de guerra norteamericanos que, al ser confrontados con sus palabras, no dejan lugar a dudas sobre su actuación en el campo de batalla.

El mismo general Rincón da una versión que coincide casi puntualmente con la del parte de guerra norteamericano:

El enemigo, llegó al momento, siendo el primero el capitán del 3º de Línea de la primera brigada de la 2ª. División, J. S. Smith, quien contuvo el fuego de su tropa y mandó fijar un pañuelo blanco en el parapeto cuyo hecho refiero en honor de tan bizarro oficial. Las demás fuerzas enemigas llegaron simultáneamente con el general Twiggs y varios jefes, distinguiéndonos todos con la mayor consideración, sin exigirnos el empeño de nuestra palabra, sin desojarnos de nuestras espadas y propiedades, y mandando que fuésemos



ARTILLEUS DE LA GARDE.

F. Thorigny / Maurand Arsenal D' Artillerie etabli a la Vera-Cruz les.

respetados por todos los americanos, como en efecto se ha verificado hasta hoy; y sin atendernos al modo con que nos hicieron prisioneros es necesario hacerles justicia, diciendo que son generosos, pues hasta sus soldados respetan a los defensores de Churubusco.⁴⁷

Al no tener más resistencia, el general Twiggs entró al convento donde encontró a la tropa mexicana formada como si se le fuera a pasar revista. El general Pedro María Anaya entregó su espada en señal de rendición. Twiggs exigió que entregaran el armamento y el parque, a lo que irónico y desafiante el general Anaya le respondió con una frase que se quedaría grabada en la memoria nacional: “si hubiera parque, no estaría usted aquí”.

Pese al arrojó de los generales y sus batallones se perdió la Batalla de Churubusco, y la guerra concluyó con la firma de un tratado de paz por el que México perdió más de la mitad de su territorio original.

El general Scott pudo haber entrado a la Ciudad de México en señal de triunfo, pero prefirió esperar. A medida que avanzaba hacia Tacuba el 21 de agosto, a sólo siete kilómetros de la capital, se encontró con una delegación de Santa Anna que solicitaba un armisticio preparatorio para las negociaciones de paz. El Gobierno de Estados Unidos confirió este acuerdo y designó a Nicholas P. Trist para dirigirlo, pero

⁴⁷ Riva Palacio, Vicente (coord.), *México a través de los Siglos*, tomo III, Barcelona: Espasa y Compañía; México, D.F.: J. Ballezá y Compañía, 1884, p. 129.

Santa Anna había hecho esto sólo como un pretexto para ganar tiempo y así poder reforzar las defensas de la ciudad. Cuando se descubrió el truco, Scott declaró el fin del armisticio y avanzó hacia la ciudad.

El 27 de agosto entraron al Zócalo de la Ciudad de México 112 carros de tropas norteamericanas, custodiados por una partida de caballería, con objeto de recaudar dinero de algunas casas extranjeras y proveerse de víveres, pero la población civil se amotinó y agredió a los invasores con palos y piedras, obligando al contingente norteamericano a retirarse en forma atropellada.

En la villa de Azcapotzalco se presentó la comisión encargada de analizar las proposiciones de paz con los norteamericanos; estaba integrada por José Joaquín Herrera, José Bernardo Couto, Miguel Atristáin, Ignacio Mora Villamil y el intérprete José Miguel Arroyo.

La batalla de Churubusco trajo como consecuencia grandes pérdidas materiales y humanas para México y un costo elevado en vidas para las fuerzas invasoras. Éstas sufrieron las pérdidas más numerosas, algunos autores norteamericanos las estiman en más de 1 000; los asaltos fueron varias veces rechazados y el punto no se rindió sino hasta cuando fue atacado por los flancos y la defensa se tornó imposible. Los autores norteamericanos narran cómo el fuego de los defensores fue disminuyendo poco a poco, después de varias horas de combate, lo que muestra que las municiones se estaban consumiendo de manera más que alarmante. Así, cuando llegó el asalto final ya no había parque suficiente para

la defensa. El mismo general Winfield Scott, comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas, escribió en su diario las razones del armisticio que propuso muy pocos días después de la batalla. Ahí menciona que la batalla de Churubusco les costó carísimo. Con tres victorias como esa —dijo—, su ejército habría desaparecido y le habría sido imposible tomar la capital.

Un oficial invasor que estuvo presente nos legó una de las imágenes más sorprendentes de cuantas se tienen del general Rincón:

Durante esta vibrante escena, miré hacia arriba, hacia el balcón de la iglesia que había sido defendido con mucha bravura. Estaba lleno con prisioneros mexicanos. Entre ellos el general Rincón, un soldado venerable, estaba recargado, su rostro estaba calmo y sus ojos brillaban con satisfacción. Creo que el veterano, con el espíritu del verdadero guerrero, al ver a un gran general obtener la victoria, liderando hombres bravos y valientes, olvidó por un momento su propia posición, que había sido derrotado y hecho prisionero; y veía y pensaba solamente en el entusiasmo que lo rodeaba.⁴⁸

Fueron muchos los mexicanos que murieron en la batalla dentro y fuera del convento, la defensa fue realmente heroica. En ella cayeron prisioneros los generales Rincón, Salas y Anaya:

⁴⁸ *Apud.* Mansfield, Edward D., *The Mexican War*, Nueva York: A.S. Barnes & Burr, 1860, p. 254.

Ya que se trata de glorificar a los héroes del 47, digamos que el general de División don Manuel Rincón y Calcáneo fue un varón que desarrollo vida ejemplar, sin tacha, con meritos indiscutibles como militar y como caballero altamente distinguido. La modestia innata de este conspicuo ciudadano le impelió también ocultar un hecho trascendental digno de haber pasado a la eternidad [...] cuando el general norteamericano Twiggs traspuso victorioso los umbrales del convento de Churubusco, se quedó perplejo al contemplar ante si a solo un puñado de hombres (cuatrocientos) que habían defendido el baluarte con valor rayando en estoicismo, e impulsado por la admiración al ver a ese grupo de patriotas, tornó la vista hacia los suyos para lanza tres ¡¡hurras!! En honor de esos valientes que esperaban con altivez remarcada, la suerte que les deparaba la rendición que los cubrió de gloria [...].⁴⁹

Después de la derrota de Churubusco el 22 de agosto de 1847, se celebró el armisticio solicitado, a la vez, por ambas partes. Durante el mes de noviembre, el Gobierno de Santa Anna acordó entregar el mando del ejército al general D. Manuel Rincón o a su homólogo D. Juan Álvarez.

Menos de 4 000 estadounidenses atacaron a Santa Anna y a su ejército de 14 000 hombres, el 8 de septiembre en el Molino del Rey, cerca de Chapultepec. Los combatientes

⁴⁹ "El General de División Manuel Rincón y Calcáneo y la Jornada de Churubusco", *Revista Ejército Nacional*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, s/n, 2010, p. 27.

pelearon con ahínco y desesperación. Los mexicanos dejaron casi 1 000 muertos en el campo de batalla y los estadounidenses perdieron 800 efectivos. En medio de esta batalla fue señalado el cerro de Chapultepec. Este era el último lugar de defensa fuera de la ciudad. El castillo fue atacado con morteros y cañones el 12 de septiembre y el asalto continuó hasta el día siguiente, cuando la bandera de Estados Unidos finalmente ondeó en señal de triunfo.

Esa misma noche, el general Santa Anna y sus tropas, acompañados de civiles, huyeron de la ciudad. A las cuatro de la mañana del día siguiente, una delegación de las autoridades municipales buscó al general Scott para rogarle que preservara la ciudad y negociara la paz, así que entró a la ciudad el 14 de septiembre y proclamó la conquista de la República de México.

Santa Anna hizo algunos débiles esfuerzos por recuperar el poder perdido, pero no tuvo éxito. Fue derrotado en dos batallas más y el 7 de octubre se le ordenó la entrega del mando que le había sido conferido para dirigir al Ejército mexicano. Asimismo, se le exhortó a comparecer ante el Consejo de Guerra para que pudiera responder sobre el resultado de la batalla, en particular, por la pérdida de la capital del país. El presidente del Congreso mexicano asumió la autoridad provisional, y el 2 de febrero de 1848 este organismo firmó un tratado de paz con los comisionados de Estados Unidos en Guadalupe-Hidalgo. Este tratado fue después ratificado por ambos Gobiernos el 4 de julio de 1848. El acuerdo estipulaba la evacuación del territorio mexicano por parte de

las tropas estadounidenses en tres meses; el pago de Estados Unidos a México de tres millones de dólares y 12 millones más, en cuatro cuotas anuales, por los territorios de Nuevo México y California, que se habían convertido en territorios americanos por la conquista.

También fue convocada por el presidente de la República, el 16 de noviembre, una Junta de ministros que dispuso que la resolución sobre de negocios se hiciera consultando sobre el tema a algunas de las personas conocidas en la República por su inteligencia, integridad y patriotismo. La Secretaría de Guerra y Marina designó a Anastasio Bustamante, José J. de Herrera, Mariano Arista y Manuel Rincón.

XV



LOS TRATADOS DE GUADALUPE

Estos acuerdos se firmaron el 2 de febrero de 1848 en la villa de Guadalupe y marcaron el término de la guerra entre México y Estados Unidos. Como consecuencia del enfrentamiento se modificaron sustancialmente las fronteras entre ambos países. México sufrió la pérdida de más de la mitad de su territorio, mientras que Estados Unidos amplió el suyo y, a la vez, estableció una hegemonía sobre el resto del continente.

El nombre oficial del tratado era el de Tratado de Paz, Amistad, Límites y Arreglo Definitivo entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América pero, en realidad, con ellos se marcó el fin de una de las guerras más injustas e inmorales de cuantas ha sostenido Estados Unidos. El propio general Ulises Grant la calificó como “una de las más injustas entre una nación poderosa contra una más débil”.

Además de las modificaciones al territorio nacional, en el tratado destacaron estos puntos:

- La paz se restablecía entre los dos países.
- Se desbloqueaban los puertos mexicanos y se fijaba un plazo para retirar las tropas estadounidenses de territorio nacional.



Antes del tratado Guadalupe Hidalgo.



Después del tratado Guadalupe Hidalgo.

- Se establecía la frontera, donde el Río Bravo del norte sería el límite con Texas. Hacia el Pacífico, la frontera se ubicaba al sur del puerto de San Diego.

- Se daba libertad a los ciudadanos mexicanos de los territorios perdidos para elegir nacionalidad.

- Se garantizaban los derechos de los mexicanos en los territorios anexionados.

- El Gobierno de Estados Unidos se comprometía a resguardar la frontera para evitar el paso de tribus nómadas a México

- Se determinaba el pago de 15 millones de dólares a México. Mismos que se pagarían de la siguiente manera: primero se entregarían tres millones y los restantes 12 se liquidarían en abonos de tres millones de pesos, cada año, con un interés del seis por ciento, desde el día de la ratificación del tratado por el Gobierno mexicano. Aunque el país intentó que el pago fuera de 30 millones de pesos (cifra por demás irrisoria), el Gobierno norteamericano sólo aceptó pagar la cantidad arriba citada.

El tratado sellaba así uno de los episodios más tristes y más vergonzosos de la historia norteamericana.

XVI



UN SEPULCRO DE HONOR

Después de este desastre nacional, don Manuel Rincón, enfermo y con una avanzada edad, argumentando que ya no eran necesarios sus servicios, se retiró a la ciudad de Cuernavaca; sin embargo, tiempo después, cuando se le informó de un posible ataque insurgente a esa ciudad, a pesar de su estado de salud, se puso a las órdenes del general Juan Álvarez para que lo aprovechara como creyera conveniente.

En la mañana del 24 de septiembre de 1849 falleció don Manuel Rincón, en la casa (ahora) número 20 de la 2ª Calle de Moneda, en la Ciudad de México. El mismo día, fue sepultado poco después de las cuatro de la tarde, en secreto, según una disposición testamentaria.

Doña Josefa Calderón, su esposa, acató tales disposiciones; lo hizo sepultar en el interior del templo de Santa Inés la Nueva, lugar anexo al antiguo convento y colegio de las Inditas.

Por desgracia, la sepultura fue profanada, y los restos del militar que deberían reposar en ese lugar a perpetuidad fueron arrojados al osario común.

Al momento de su muerte, ya el Gobierno le había concedido licencia absoluta y el Congreso otorgó pensión a la viuda Josefa Calderón.

Tal vez nadie puede resumir en tan pocas palabras una vida tan completa como Rivera Cambas, quien expresó que:

Siempre fue leal y fiel, ascendido a general por el primer jefe del Ejército Trigarante, habiendo desempeñado varias veces los mandos políticos y militares en las provincias y Estados de Yucatán, Veracruz, Puebla y México, y tenía más de diez años de ser general de división; fue varias veces presidente del tribunal de guerra y marina y una vez ministro de estos dos ramos, inspector de milicia activa y jefe de estado mayor; resistió en 1823, estando en Veracruz, el bombardeo que dirigió Ulúa, y en 1838 el ataque de los franceses; dedicado a la carrera militar desde muy joven, cumplió en ella 64 años de edad, recibiendo todos sus ascensos por escala rigurosa sin que jamás hubiera figurado su nombre en algún pronunciamiento.⁵⁰

Acaso porque no lo buscó con la fuerza suficiente, acaso porque el destino siempre le fue adverso, lo cierto es que Manuel Rincón no ocupó nunca un primer plano de nuestra historia; estuvo, cuando no en la periferia,

.....

⁵⁰ Rivera Cambas, Manuel, *op. cit.*, p 135.

a un paso de ella. Desde ahí nos llegan las noticias de sus palabras y de sus acciones. Desde la periferia de la historia, nos llega la imagen principal de este hombre íntegro que hasta los últimos días de su vida entendió cabalmente lo que significaba servir y entregarse a su patria. Acciones que lo distinguen y lo ennoblecen más allá de los vaivenes, los triunfos y las derrotas políticas y militares.

BIBLIOGRAFÍA



Alcaraz, Ramón, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, D.F.: Editora Nacional, 1848.

Altamirano, Ignacio Manuel, *Historia y política de México: 1821-1822*, México, D.F.: PRI, 1947.

Antúnez, Rafael, *Un corazón liberal, vida y tiempo de Ignacio de la Llave*, Xalapa, Ver.: Editorial Las Ánimas, Gobierno del estado de Veracruz, 2012.

Arroniz, Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, México, D.F.: Porrúa, 1985.

Benítez, Fernando, y José Emilio Pacheco, *Crónica del puerto de Veracruz*, Xalapa, Ver.: Gobierno del estado de Veracruz, 1986.

Bustamante, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana, 1810- 1843*, t. I, (edición facsimilar), México, D.F.: INEHRM, 1985.

Carmona, Doralicia, *Memoria Política de México: 1492-2000*, [DVD], México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Políticos, A.C., 2007.

Castillo Guerra, Hernando, *Diálogos en el panteón liberal de México*, t. III, México, D.F.: UNANL, 1999.

Chevalier, Michel, *México antiguo y moderno*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1983.

Cosío Villegas, Daniel, *Historia General de México*, México, D.F.: El Colegio de México, 2011.

De Zamaois, Niceto, *Historia de México*, Barcelona: Juan de la Fuente Párres, Editor, 1876.

De la Torre Villar, Ernesto, “Prólogo”, en Mariano Torrente, *Historia de la Independencia de México*, México, UNAM, Porrúa, 1989.

Escalante Montalbo, Pablo, *Nueva historia mínima de México*, Xalapa, Ver.: Universidad Veracruzana, Col. Biblioteca del estudiante, 2010.

Flores Ayala, Hubonor, “Un acercamiento a Manuel Rincón, personaje representativo de su tiempo”, en Juárez Martínez, Abel, *Veracruzanos en la Independencia y la Revolución*, Xalapa, Ver.: Gobierno del Estado de Veracruz, U.V., 2010.

Fowler, Will, *Santa Anna*, Xalapa, Ver.: Universidad Veracruzana, 2010.

Gómez Pedraza, Manuel, *Manifiesto (que Manuel Gómez Pedraza ciudadano de la República de Méjico dedica a sus compatriotas; es decir, una reseña de su vida pública)*, Nueva Orleáns: Imprenta Benjamín Levy, 1831.

Guerrero Flores, David y Emma Paula, Ruiz Ham, *El país en formación. Cronología: 1821-1854*, México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2011.

Herrera Moreno, Enrique, *El cantón de Córdoba*, Córdoba-Veracruz: Tip. de R. Valdecilla y comp., 1892.

Lerdo de Tejada, Miguel, *Apuntes Históricos de la Heroica Ciudad de Veracruz*, México, D.F.: Imprenta de I. Cumplido, 1850.

López de Santa Anna, Antonio, *Mi historia militar y política, 1810-1874: memorias inéditas*, México, D.F.: Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1905.

Ortiz Liévano, Carlos, “El General de División Manuel Rincón y Calcáneo y la Jornada de Churubusco”, *Revista Ejercito Nacional*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, s/n, 2010.

Ramírez Lavoignet, David, *Seminario de Historia*, Xalapa, Ver.: Universidad Veracruzana, 1970.

——— *Manuel Joaquín Rincón y Calcáneo: reseña biográfica*, México, D.F.: Editorial Citlaltépetl, 1972.

Rincón, Manuel, *Manifiesto que dirige a sus compatriotas el General Manuel Rincón de las injustas imputaciones que se le han hecho por los desgraciados acontecimientos de Ulúa y Veracruz*, México, D.F.: Imprenta de I. Cumplido, 1939.

Riva Palacio, Vicente (Coord.), *México a través de los siglos*, México: Editorial Cumbre, 1982.

Rivera Cabrieles, Leticia, “México y la primera intervención francesa”. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/86507319/Intervenciónfrancesa-Trabajo-Escrito>. Fecha de consulta: 8 de abril de 2013.

Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la Invasión Norte-Americana: 1846-1848, por un joven de entonces*, México, D.F.: Librería Madrileña de Juan Buxó y Cía., 1883.

Stevens, Peter F., *The Rogue's March, The Saint Patrick's Battalion*, Nebraska: Potomac Books, 1999.

Vázquez, Josefina Zoraida (Coord.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1997.

Villegas Moreno, Gloria, y Miguel Ángel Porrúa Venero (Coords.), *Enciclopedia Parlamentaria de México*, serie III, vol. 1, t. 1, prólogo de Margarita Moreno Bonett, México, D.F.: Instituto de Investigaciones Legislativas de la Cámara de Diputados, LVI Legislatura, 1997.

Ward, George Henry, *México en el siglo XIX*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, SEP, 1985.

Wynn, Dennis J., "The San Patricio's and the United States-Mexican War of 1846-1848", Tesis, Loyola University of Chicago, mayo de 1982.

CRÉDITOS DE FOTO- GRAFÍAS E IMÁGENES

4	© 26442. Conaculta, INAH, Sinafo, FN, México general Manuel Rincón.
14-15	Colección Banco Nacional de México.
18	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/ General Manuel Rincón, litografía.
23	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Miguel Hidalgo. Salvador Ferrando. Óleo sobre tela.
24	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/ Cofre de Perote. Bouquet. Litografía coloreada.

33	© 15237. Conaculta, INAH, Sinafo, FN, México (Fernando VII).
36	© 11210. Conaculta, INAH, Sinafo, FN, México (Nicolás Bravo).
38	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Vista de castillo de San Juan de Ulúa. Luis Garcés. Litografía.
39	© 23527. Conaculta, INAH, Sinafo, FN, México (O'Donjú).
40	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Córdoba, casa donde se formaron los tratados. Historia de Jalapa y Revoluciones del Estado de Veracruz. Litografía.

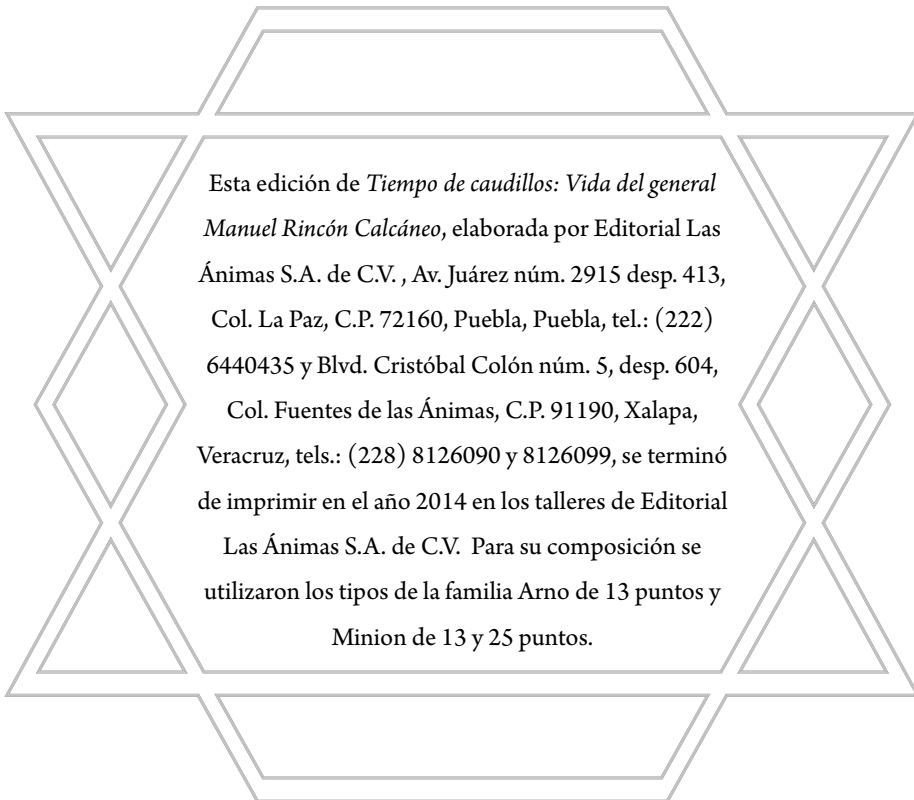
52	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Antonio López de Santa Anna. Viuda de Murguía e hijos. Litografía.
56	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Difficult traveling from Veracruz to México. Anónimo. Litografía.
60	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Vista de Jalapa. Anónimo. Litografía coloreada.
64-65	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Panorama de Puebla. Lit. Debray y Sucs. Colección paisajes, costumbres y ciudades principales de la república. Lámina 15. Litografía.

66-67	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/ Exterior de Chapultepec. A. Gallice. Colección paisajes, costumbres y ciudades principales de la república. Lámina 16. Litografía.
71	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/La intervención en México. Anónimo. grabado en metal coloreado.
75	General Manuel Rincón. Fotografía de Carlos Ramírez, Gobierno del Estado de Puebla.
80-81	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Combate en San Juan de Ulúa. Auguste-Jugelet. Óleo sobre tela.
86	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Ciudad y puerto de Veracruz. Anónimo. Grabado en metal.

90	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/El castillo de San Juan de Ulúa. Smyth. Grabado en metal.
95	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/San Juan de Ulúa. Anónimo. dibujo a lápiz.
102-103	Instituto Veracruzano de la Cultura/Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Entreé des troupes francaices. Petit. Grabado en metal.
111	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Mariano Arista, litografía.
117	© 18242. Conaculta, INAH, Sinafo, FN, México (José J. Herrera).

130	Estandarte del batallón de San Patricio.
131	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Batalla en Veracruz. Anónimo. Litografía.
136-137	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Batalla de Cerro Gordo. Carlos Nebel. Litografía.
145	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/Patio del convento de Churubusco. Gonzalo Argüelles Bringas. Óleo sobre tela.
148	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/combate de Cholula 22 de marzo. S Durand L. Dumont. Grabado en metal coloreado.

150	Instituto Veracruzano de la Cultura/ Colección Museo de Arte del Estado de Veracruz/ Artilleus de la garde.F. Thorigny / Maurand Arsenal D´ Artillerie etabli a la Vera-Cruz les.
158-159	Mapas que muestran la pérdida de terri- torio de México después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo.



Esta edición de *Tiempo de caudillos: Vida del general Manuel Rincón Calcáneo*, elaborada por Editorial Las Ánimas S.A. de C.V. , Av. Juárez núm. 2915 desp. 413, Col. La Paz, C.P. 72160, Puebla, Puebla, tel.: (222) 6440435 y Blvd. Cristóbal Colón núm. 5, desp. 604, Col. Fuentes de las Ánimas, C.P. 91190, Xalapa, Veracruz, tels.: (228) 8126090 y 8126099, se terminó de imprimir en el año 2014 en los talleres de Editorial Las Ánimas S.A. de C.V. Para su composición se utilizaron los tipos de la familia Arno de 13 puntos y Minion de 13 y 25 puntos.



EDITORIAL
LAS ÁNIMAS
S.A. DE C.V.

ISBN: 978-607-9246-46-4

